

LA GUERRA DE 1896

Corría el mes de febrero del año 1896, y en el Instituto Nacional de Oriente, estábamos en el trance de los exámenes de fin de curso, siempre severos. Yo sufría el examen de Física primer curso, clase en que fue mi maestro el inolvidable don José Trinidad Cajina. Me tocaba desarrollar la lección de la parábola, y había terminado con buen éxito la parte expositiva e iba a entrar al desarrollo de unos cálculos matemáticos que se me presentaban temibles. Pero en ese momento entró el director don Pablo Hurtado, y dio orden al tribunal de despachar rápido, porque la banda militar andaba en las calles tocando generala, porque se habían levantado contra el gobierno del General José Santos Zelaya los liberales leoneses. Era el toque de generala el llamado a los soldados voluntarios con que se iniciaban siempre nuestras guerras civiles.

Nos recomendó don Pablo Hurtado a los alumnos de esa clase que nos fuéramos directo para nuestras casas, porque ya teníamos estatura para ser reclutados. Con mi aprobado con buena nota asegurado me fuí para mi casa y pude observar gran movimiento en las calles, y grupos considerables de militares conservadores yendo hacia el cuartel principal para presentarse como voluntarios. Era el localismo despierto. Un grupo de esos que iba por la plaza central lanzaba éste grito que parecía paradójico: —Viva el Partido Conservador, Viva el Gral. José Santos Zelaya.— Dos vidas políticas incompatibles.

El día siguiente vino el doctor Adán Cárdenas para discutir y resolver en Granada, que entonces era la indiscutida sede del Partido Conservador, la actitud que debía adoptar ese partido frente a tales acontecimientos. Por la tarde hubo una reunión de Notables en la casa de mi madre presidida por el propio doctor Cárdenas respetado jefe del Partido. Mis

primos Pasos Costigliolo y yo nos instalamos de mirones. Presentada la consulta, dos jóvenes oradores, Diego Manuel Chamorro y Pedro Rafael Cuadra se pronunciaron enérgicamente a favor de la neutralidad del Partido Conservador. Recuerdo que Pedro Rafael Cuadra usó la frase: —Quedémonos en la acera viendo pasar la corriente, para actuar libremente cuando convenga a los intereses de nuestro Partido. Pero el doctor Adán Cárdenas tomó la palabra, y con voz pausada dijo que esa misma era su opinión en el fondo; pero que resultaba ya inútil sostenerla, porque todos los altos militares conservadores, como los Generales Jonás Álvarez, Paiz, Méndez, y la oficialidad correspondiente ya estaban de alta, camino a los campos de batalla, con el propósito de cobrar a los leoneses la derrota de La Cuesta. Alguien reforzó al doctor Cárdenas diciendo que también en Granada los militares operaban animados del mismo sentimiento revanchista y localista. Entonces se resolvió el apoyo al General Zelaya, que con habilidad política lo había preparado, confiando a jefes leoneses todas las tareas ingratas de persecuciones y ultrajes a los conservadores.

Los capitanes jóvenes del conservatismo fueron movilizados. En Chontales era Prefecto el General Nicasio Vásquez, que había sido durante su mando una autoridad suave con los conservadores. Levantó un ejército de batallones de soldados chontaleños, en los cuales iba al frente de una compañía el Capitán Emiliano Chamorro. Recuerdo que en un lugar llamado El Obraje se libró una batalla reñida y sangrienta, y el Capitán Emiliano Chamorro se portó brillantemente en el asalto. Por recomendación del General Vásquez, Chamorro, de hazaña en hazaña, fue ascendido grado por grado, hasta regresar con el de Coronel y con la fama de valiente y corajudo.

En Granada con alegría se celebraban los triunfos, con ardor tristemente localista. Sucumbió la revolución de León,

cuya bandera era el antirreeleccionismo, y en contradicción con el más firme de sus principios básicos, el Partido Conservador apareció apoyando a la dictadura.

Se hablaba por lo bajo de que los oficiales más distinguidos obligarían a Zelaya a proceder dando al pueblo unas elecciones libres. Pero Zelaya político más hábil y sin escrúpulos, a unos y a otros, los envolvió, y pasando de un localismo a otro sujetó a los dos a su férrea tiranía. Los oficiales señalados fueron perseguidos. El General Zelaya se sacudió de los Conservadores y con las manos libres extremó el radicalismo de su política, como fanático liberal que en realidad era.

El General José Santos Zelaya triunfador en virtud de un hábil maquiavelismo del localismo leonés y del localismo granadino, empezó a rodearse de jóvenes que ahora se diría de extrema izquierda. Fue el colaborador más visible y más extremista el doctor Adolfo Altamirano. Rompió lanzas contra la Iglesia Católica, decretaron la prohibición a los sacerdotes de usar el traje talar. Sublevado el Clero por tal ataque a sus derechos fue rigurosamente perseguido y expulsado los sacerdotes más ilustres y también el Obispo Pereira y Castellón.

Granada fue castigada severamente y una de las víctimas fue el Instituto Nacional de Oriente clausurado por de pronto y saqueado en sus bibliotecas y en sus museos. A estos ultrajes respondió el Partido Conservador con un conspirar constante, y en un ánimo de rebelión indomable. Despuntaba el fatal año de 1897.

El maestro Cajina fue nombrado, por los padres de familia, Director del Colegio de Masaya y siempre cuidadoso de mi formación intelectual me invitó para irme con él a pasar el último año de mi bachillerato. Me instalé en el colegio de

Masaya. Tres clases me faltaban, Física segundo curso, que la estudié con el maestro Cajina; Química Orgánica, mi profesor fue el ilustrado doctor García Osorno; y Filosofía segundo curso lo fue el doctor César Vigil, con los textos de Filosofía positiva, ordenados por el Ministerio de Instrucción Pública. Con verdadero compañerismo repasaba la Filosofía, discutiendo con mi joven e inteligente profesor. La casa del colegio era la enorme solariega del Licenciado don Jerónimo Pérez, dividida en dos tantos; uno para nuestro colegio, y el otro para el colegio de señoritas que dirigía la profesora granadina Juliana Díaz de Casco. Todo el paisaje me hacía grata la vida. Alegres recuerdos los del colegio de Masaya. Algunas veces me convertía en profesor ayudándole al maestro Cajina y a los maestros.

Si pudiera contar mis días en Masaya haría amenos estos recuerdos.

Era mi recomendada, una viejecita llamada Chepita Abaunza, viuda de don Lino César, primo hermano de mi padre. Su casa, situada en los portales del parque se convertía en una alegre tertulia todos los domingos. Doña Chepita me contaba historias en los cuales confundía a los viejos y a los nuevos Cuadras.

El primer esposo de doña Chepita fue don Manuel Oreamuno, que formó parte de una expedición de siete personas ricas que iban atrevidamente a iniciar el comercio con Inglaterra, en la isla de Jamaica. Un inglés llamado MacGregory que vino a examinar la situación comercial de Nicaragua, fue el que los invitó a la atrevida empresa. Cada uno de los siete viajeros llevaban una fuerte cantidad; sesenta mil duros llevaba don Demetrio Cuadra. Fletaron una goleta llamada la Vander ville y se lanzaron al océano. Nunca más se volvió a saber de ellos. Algunos suponían un naufragio en las embravecidas olas del Caribe. Otros que habían sido

asaltados por los piratas que infestaban ese mar en aquellos días.

Era bella doña Chepita, y corridos los cinco años que exigía la ley y la Iglesia, fue oficialmente declarada viuda, y se volvió a casar con don Lino César, con uno y otro marido tuvo descendencia muy apreciable. Pues bien, me contaba la viejecita, con voz temblorosa, que cuando se casó mucho la molestaban en Masaya, porque cuando ella salía de misa en la Iglesia, ya novia o ya recién casada le gritaban: —Ya apareció la Vanderville.

Pero ese de la fuerza de la juventud, ese año de mis alegres días del colegio de Masaya fue terrible y fatal para Nicaragua, Granada gimió después del fracaso de una intontona y el mismo maestro Cajina tuvo que irse con otros a la emigración en Costa Rica. Sobresalía entre esos emigrados el doctor Adán Cárdenas, que pudo burlar a sus perseguidores y sentar humildemente, pero respetado, su personalidad en un puerto de Costa Rica. Las cárceles llenas y los emigrados en gran número, eran vistos en las otras ciudades de Centro América como los judíos de la dispersión.

La misma suerte corrían los liberales leoneses. El doctor Francisco Baca, el doctor José Madriz, los Generales Ortiz, Godoy y Chavarría y otros varios personajes, en franco trato con los conservadores parecieron por un tiempo olvidar el maldito localismo, cáncer de nuestra política, fuente de discordia, entre hombres muchas veces inspirados por el mismo pensamiento y animados del mismo sentir.

MI VIDA DE ESTUDIANTE

La Facultad de Derecho estaba bien instalada en el mismo local del Instituto Nacional de Oriente. Ocupaba todo el frente con dos patios, cada uno de ellos con cuatro corredores y diez aulas por todo. Tenía además buen mobiliario. El maestro Miguel Osorno era el profesor de Derecho Civil, lo fue en todos los cursos de mis estudios de abogado. Impartía sus lecciones a las siete de la mañana. Yo siempre pasaba sacando a Joaquín Gómez por su casa, para ir a la Facultad. La casa de Joaquín parecía un convento, siempre estaban cerradas todas sus puertas. Era porque a su padre don Miguel Gómez lo perseguía encarnizadamente el gobierno del General José Santos Zelaya; y él o estaba preso o estaba oculto. Algunas veces cuando golpeaba la puerta Joaquín, la abría una linda hermana que él tenía, y su momentánea presencia iluminaba el paisaje como una aparición. Nos íbamos los dos formando proyectos o haciendo comentarios.

El maestro Miguel impartía sus lecciones dándonos en su cátedra una conferencia diaria sobre el Derecho Civil, nos relataba y examinaba los antecedentes españoles de nuestra legislación, comentaba el Código chileno y examinaba las reformas liberales, todo en un lenguaje lento, claro, ameno, y con buena filosofía jurídica. Joaquín Gómez, el bachiller clásico francés, lo seguía tomando anotaciones, siempre acertadas, y de las cuales yo me servía como un parásito intelectual.

Cada vez era más estrecha la penetración intelectual entre Joaquín y yo. No resisto la tentación de contar una anécdota que la revela. Había explicado el maestro Miguel ese día la distribución de los acervos en las herencias intestadas, y nos advirtió que era ésta materia difícil, rompecabeza de los Notarios. Para ejercitarnos nos propuso varios problemas del caso para que se los resolviéramos en nuestras casas.

Conforme mi costumbre, consulté el punto con mi hermano Ramón, quien me dijo inmediatamente: —Eso no tiene ninguna dificultad—, es que los Notarios le aplican el método de la falsa posición aritmética, que no siempre acierta exactamente. Pero si la ponés por Algebra no es más que armar una ecuación que te servirá para todos los casos. Trazó la ecuación y me resolvió dos de los casos con prontitud y exactitud. Inmediatamente me fuí a lucirme ante Joaquín, pero éste instantáneamente me dijo: —Esa no es cosa tuya, eso es del águila de don Ramón. Yo le confesé la procedencia y convenimos en lucirnos en la clase el día siguiente. Nuestros compañeros que eran como quince o veinte, se quedaron con la boca abierta, y aún el mismo profesor nos tuvo por buenos matemáticos.

Teníamos profesores jóvenes muy puntuales y dedicados en sus cátedras. El doctor Evaristo Carazo nos daba la clase de Derecho Constitucional, por textos y métodos chilenos de cuya Universidad hacía poco tiempo había egresado con muy buenas notas. Otro profesor joven, a quien debíamos la apertura de la Facultad, era el doctor Salvador Meza, que servía la cátedra de Derecho Administrativo a las once de la mañana, siempre cumplido, y especialmente amistoso con Joaquín y conmigo.

Finalizaba el siglo XIX, y un grupo de estudiantes de Derecho, todos conservadores habíamos logrado publicar primero un semanario, y después un diario llamado El Periódico. Eramos Joaquín Gómez, Manuel Rivas, Santos Flores López, Pancho Osorno y yo. Ahí escribíamos, y en sus columnas quedaron mis primeros artículos largos y serios. Pero la verdad es que detrás de nosotros tiraban, don Anselmo H. Rivas, don Diego Manuel Chamorro, don Enrique Guzmán y Mariano Zelaya. De vez en cuando nos enviaba artículos el doctor Manuel Coronel Matus. Ahí publicaron él y don Enrique sus amenos Tiquis Miquis gramaticales. Ahí apareció como un

escritor pujante Pedro Higinio Cuadra, con el seudónimo de don Ruperto Síseñor. Yo escribía con el seudónimo de Valentín Palos Ralos, artículos políticos y sociales que llamaron la atención. El gobierno empezó a maliciar de nuestras actividades y puso El Periódico bajo censura, nombrando censor al doctor Salvador Meza, que lo fue benévolo. Un día después de clase venía el doctor Salvador Meza acompañado del grupo de sus alumnos, cuando se le arrimó un empleado de El Periódico presentándole las pruebas. El se regresó, cosa que le fue fatal. El doctor Meza en un asunto delicado había informado contra el doctor José María Lacayo, Juez de Distrito en Rivas. Y sus hijos Guillermo y Leandro, ofendidos, lo agredieron en la esquina del Hotel de los Leones causándole la muerte.

Así es el destino, si el doctor Meza hubiera venido como siempre rodeado del grupo de sus alumnos no lo hubiéramos dejado matar. Informado yo en mi casa de lo que había pasado, llegué a la casa de la familia Burgos en donde agonizaba mi maestro. Todos los alumnos concurren y agonizante lo llevamos en nuestros hombros a su casa en donde murió a las pocas horas. La Facultad de Derecho procuró por todos los medios solemnizar su entierro. Yo pronuncié un discurso en el atrio de la Merced en nombre de la clase de Derecho Administrativo. Fue un verdadero duelo para los estudiantes todos y una pérdida para la Facultad.

Teníamos una Sociedad de Estudiantes de Derecho como con unos sesenta miembros. Luchábamos en su seno dos fuertes bandos. El de liberales que capitaneaba don Marcelino Morales, y el de conservadores a cuyo frente operaba yo. Teníamos grandes debates. En el seno de esa Asamblea hice mis primeros ensayos de orador parlamentario.

Terminaba el siglo XIX y se discutía en Europa si el siglo XX principiaba en éste primero de enero, o si todavía perte-

neía el año al siglo XIX. En Nicaragua resolvió el problema el Excelentísimo señor Obispo Simeón Pereira y Castellón, mandando a celebrar el cambio de siglo en la noche del 31 de diciembre, con grande solemnidad. En Granada se levantó un acta haciendo una protestación de fe católica, escrita en pergamino durable. Más de 15 000 firmas se recogieron. Las dos primeras fueron la de don Anselmo H. Rivas y la de mi madre doña Virginia Pasos de Cuadra. El acta fue guardada en un nicho edificándose sobre ella la cruz de piedra que se eleva en el atrio de la Catedral.

El Periódico publicó un hermoso editorial, redactado en colaboración por don Anselmo H. Rivas y don Diego Manuel Chamorro. Pieza de positivo valor ideológico y literario, y que es lástima que no fuera positivamente un programa del Partido Conservador para el nuevo siglo.

Meses después, cuando don Anselmo cumplía los 70 años de edad, organizamos los estudiantes de Derecho un homenaje, expresando la admiración por su personalidad. Es de notar que el homenaje tuvo un gran éxito y que en ese número de El Periódico expresaron su admiración por don Anselmo, liberales de la categoría de José Dolores Gámez y Manuel Coronel Matus. Por la noche en el colegio que regentaba su hija, la distinguida maestra Francisca Berta Rivas hicimos una velada. A mí me tocó pronunciar el discurso de ofrecimiento, y recuerdo que lo hice con loco entusiasmo, hablando de la nueva juventud, del atleta del pensamiento conservador. Don Anselmo cerró el acto y principió su discurso diciendo que lamentaba que no fuera verdad mi intención de convencerle de que 70 años no pesaban aplastantes sobre los hombros.

A fines del año las cosas políticas tomaron un carácter más agudo, y el Gobierno nos cerró El Periódico con tristeza

nuestra y me parece también con pérdida de las letras que se animaban en Granada por nuestro diario.

Bajo la dirección del maestro José Trinidad Cajina, se había fundado un colegio particular en Granada. Ocupaba un local cómodo, y era Simeón Cajina el Inspector General de su disciplina. Don Pablo Hurtado que tenía varias cátedras en ese colegio, sufriendo la crisis económica que aflige a los maestros, se retiró de la enseñanza para ir a buscar fortuna en unos cortes de madera. Gran pérdida para la sociedad, que fue sin embargo inesperada fortuna para mí. Don Pablo, que siempre me tuvo grande afecto, que ejerció influencia en mi formación intelectual, me recomendó para sustituirlo en la cátedra de historia que él desempeñaba, en el colegio del maestro Cajina, y en el colegio de señoritas que regentaba la niña Francisca Berta Rivas. Primero y segundo curso.

En el colegio del maestro Cajina tuve una serie de alumnos distinguidos, que fueron después de alta posición en la sociedad nicaragüense: Dr. Emilio Alvarez Lejarza, Pbro. Monseñor Octaviano Rivera, Dr. Aníbal Solórzano, Gral. Luciano Astorga, don Domingo Bolaños Cortés, Dr. Manuel Ubago, don Víctor Manuel Chamorro, don Pío Argüello Cerda, don Solón Guerrero, don Francisco Luis Martínez, don Humberto Morice, don Amadeo Morice, don José Antonio y Gilberto Bendaña, don José Antonio Román, don Arturo Guillén, Pedro y Anselmo Rivas Castellón. Seguí el método de la conferencia diaria imitando al maestro Miguel Osorno. Y recuerdo que les dicté un cuaderno sobre la Revolución Francesa, que mi amigo Domingo Bolaños guardaba, pero que nunca me lo quiso enseñar, para poder ver las ideas que en el entusiasmo que entonces tenía por aquella explosión revolucionaria, por sus hombres, por sus oradores, he rectificado en gran parte por la experiencia.

En el colegio de señoritas, para guardar el orden entre mis alumnas, la niña Francisca Rivas puso a una vieja servidora de su colegio, seria, y muy formal llamada María Dávila. Un día una de mis alumnas, muy bella por cierto, y traviesa de ingenio, me dijo: —Carlos Cuadra, usted cree que la María Dávila viene para cuidarnos a nosotras, y la verdad es que viene para cuidarlo a usted. Todas corearon con una carcajada.

Esto además de que me prestó el auxilio de un dinero que me venía bien para mis gastos personales, me dio reputación y estimuló mis estudios de historia. En los dos colegios era compañero mío en el profesorado nada menos que don Anselmo Hilario Rivas, con quién intimé en un trato diario. El daba clase de Francés y de Inglés, y siempre llegaba vestido de levita. Me llamaba la atención esa elegancia de don Anselmo. Pero después supe por mi hermana Anita, nuera de don Anselmo, que la levita era usada para cubrir los remiendos del pantalón. Triste pobreza de un grande hombre, galardón en la historia, pero que en la realidad entristece hasta las lágrimas.

Una tarde al salir de la última clase los estudiantes de Derecho se hizo una tertulia en las gradas de San Francisco, cabe a la cruz. El periodista Adán Vivas, que ya servía los intereses de la dictadura del General José Santos Zelaya, discutió principalmente con Alfredo Zavala, que no era estudiante, y conmigo, cosas de la actualidad política. Se fue calentando la discusión, y es cierto que nos aventuramos a palabras mayores.

Se disolvió el grupo y al día siguiente cuando en la mañana llegaba a mi clase estaban dos policías que me llevaron preso. Ya encontré en la cárcel instalado a Alfredo. Nos pusieron por celda una pieza donde se guardaba la cal que distribuían todos los días para los trabajos públicos. Ape-

nas quedaron dos lugares para las dos tijeras en que dormíamos Alfredo y yo. Cada vez que entraban a sacar cal, quedaba por largo tiempo una atmósfera espesa, casi irrespirable. Alfredo y yo mojábamos la ropa para poder respirar.

A mí me afectó seriamente el corazón la cal. Era médico de la cárcel el doctor Francisco Miranda, con fama de muy acertado y con bien ganado título francés. Lo llamé para que me examinara y discretamente me mandó una medicina, y no me dijo más. Pero llegó a la casa de su suegro don Celedonio Morales y le contó, haciendo el diagnóstico de que si no me sacaban en breve de esa cárcel un día de tantos moriría en ella.

Don Celedonio con un noble espíritu de generosidad, fue donde don Trinidad Ocón, vecino de nosotros, con quien manteníamos relaciones de estrecha amistad. Los dos fueron donde el Jefe Político General Juan José Bodán y consiguieron mi libertad con la fianza de don Trinidad.

Don Rosendo Chamorro, médico de mi familia confirmó el diagnóstico del doctor Miranda y me puso en un severo tratamiento para curarme. Para consolarme me leía en un libro que Emilio Solá, el novelista francés, había tenido la enfermedad mía exactamente y se había curado con igual tratamiento.

Yo fui a rendir las gracias a los dos benefactores, y aquí salta un ejemplo interesantísimo de que la acción noble siempre, aunque sea a la larga, produce nobles frutos. Don Celedonio me dijo: "Joven, yo me preocupé grandemente por usted y operé con toda actividad porque se me brindaba una ocasión de pagar una deuda. Cuando gobernaba don Fernando Guzmán por cosas parecidas a las de ahora fui injustamente llevado a la cárcel y tratado con severidad. Y su padre de usted don José Joaquín Quadra, sabedor por mi

familia de lo que pasaba, amenazó a don Fernando Guzmán con retirarse de la amistad del gobierno con escándalo si no me ponían en libertad. Yo fuí libre sin fianza y como usted conmigo le rendí las gracias a su padre, y con gran sencillez me dijo: "Era mi deber y nada más." —Me tendió la mano don Celedonio y bromeando me dijo: Estamos patas, en la misma moneda. Yo le repliqué: —No, don Celedonio, ahora yo soy el deudor y al mismo tiempo admirador de usted.

Qué grato es encontrarse con almas de altura, con nobleza, en el verdadero sentido de la palabra, con Celedonio Morales y con Trinidad Ocón.

Me falta agregar, que Adán Vivas en todo tiempo y circunstancia me afirmó que no había sido el denunciante. Con el tiempo me he confirmado en esa inocencia de Adán Vivas y cumplo con el deber de hacerlo constar.

Conste también el acierto de los diagnósticos y tratamientos de los médicos doctor Francisco Miranda y doctor Rosendo Chamorro, porque mi corazón tiene 83 años cumplidos de batir el cobre en las intranquilidades sinnúmero de nuestra política.

Cursaba el quinto y último año de mis estudios de Derecho. Eramos pasantes, Joaquín Gómez y yo, con influencia en el Juzgado de Distrito de lo Criminal, que estaba a cargo del caballero guatemalteco doctor González, y en la Corte de lo Criminal, en donde dominaba el doctor Salomón Selva, amigo nuestro. En ambos despachos redactábamos sentencias, dirigíamos procesos y poníamos autos. Nuestro simpático amigo doctor Salomón Selva, competente profesor de una asignatura, tenía sobre todo conmigo trato de camarada. Por ejemplo, recuerdo una vez en las fiestas de Agosto; la hora de clase era de cinco a seis de la tarde y el profesor quería ir a las fiestas de Jalteva. Me dijo: —Vámonos

pronto Carlos, porque si viene Joaquín Gómez ya no parrandemos porque es muy serio y se opone a nuestras travesuras. Y nos fuimos a Jalteva. Son antecedentes que he deseado sentar, para narrar un cabo suelto en mi memoria.

Se inició un proceso en el Juzgado del Crimen, contra una muchacha llamada Salvadora Guevara. En los alrededores de su casa, situada donde hoy es la residencia de los padres Jesuitas en Jalteva, apareció un niño muerto, recién nacido. Se siguieron las investigaciones y fácilmente se comprobó que Salvadora Guevara, en el deseo de cubrir su deshonra frente a su familia había torpemente lanzado su hijo a la intemperie, y para hacer más trágico el cuadro, unas gallinas estaban picoteando el cadáver.

Salvadora Guevara fue llevada a la cárcel. Parecía su caso completamente perdido. Sus tíos los honrados campesinos Delgadillos que eran pudientes, y muy buenos clientes del maestro Miguel Osorno, afligidos del triste destino de la muchacha, le fueron a pedir que se hiciera cargo de la defensa. Yo no puedo hacerme cargo de ese caso, les dijo el maestro Miguel con franqueza, por la propia respetabilidad de mi profesión; pero les recomiendo a un joven pasante Carlos Cuadra Pasos, que estoy seguro lo hará con competencia y buena voluntad. Además los Delgadillos, tenían su finca colindante con una de mi madre, me conocían, y fui nombrado defensor.

Don Leopoldo Rocha en un periódico de la localidad publicó un bello artículo filosofando sobre la iniquidad social de esas severidades con la mujer pecadora, que llegaban a perturbar su ánimo hasta el crimen, mientras el seductor se ufanaba tranquilo de su conquista.

Por esa idea principié mi defensa, y presenté el primer escrito que fue muy celebrado en los corrillos del Juzgado del Crimen.

Pero el proceso tenía un defecto fundamental: según nuestro Código el médico forense debió haber probado que el niño había nacido vivo, y para ello proceder científicamente, tomando los pulmones y poniéndolos en agua. Si los pulmones flotaban el niño había vivido, si los pulmones no flotaban el niño había nacido muerto. Al médico forense doctor Mateo Guillén no le pareció hacer la prueba. Pensé en abrir ese capítulo; pero el médico forense hubiera exhumado el cadáver y realizada la prueba el delito estaba confirmado. Se me ocurrió consultar el caso con mi ilustrado amigo el doctor Rosendo Chamorro que me dijo acababa de recibir la revista francesa llamada La Lanceta, donde había un estudio sobre esa materia. Me dio el número de La Lanceta y como estaba en Francés, mi hermano Miguel me hizo la traducción completa.

Resultó que salvaba a mi clienta. Decía que la operación de la endomosis pulmonar no podía hacerse en un cadáver exhumado porque los gases de la corrupción, al entrar al pulmón, producían el mismo efecto que el aire respirado y que el pulmón siempre flotaría exponiendo a la justicia a una verdadera injusticia.

Para mí fue una alegría. El día siguiente planteé ante el Juzgado la nulidad del auto de prisión por no haber cumplido el médico forense de realizar la prueba imprescindible de la endomosis pulmonar. El médico forense pidió entonces la exhumación del cadáver. Me opuse a ella con todas las pruebas y razonamientos científicos y experimentales de La Lanceta.

El Juez cumpliendo con la ley elevó el caso en consulta al Protomedicato de León, cuyo Presidente era el afamado doctor Luis Debayle. El Protomedicato de León falló que yo tenía razón, que el auto de prisión por infanticidio era nulo, y que quedaba reducido a la falta de tirar un cadáver a la calle.

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

No para ahí mi triunfo, el doctor Luis Debayle me escribió una carta felicitándome por mi capacidad de defensor y por el estudio elevado que había hecho del caso. Desde entonces entre él y yo existió una relación intelectual. Más tarde, ya era yo abogado, vino a Granada en consulta para la enfermedad grave de mi primo hermano Procopio Pasos, y pidió que quería conocerme personalmente, y volvió a consagrarme en público como eminente criminalista.

Y todo eso lo aprovechaba para vestirme con una fama que me costó bien poco. El doctor Rosendo Chamorro con su despierta inteligencia me dio los datos, mi hermano Miguel los tradujo, y yo fui el fácil triunfador en una empresa difícil. Viva la flor de la vanidad, pero desde entonces la dejó correr sin ufanarme.

Antes de mi prisión no me atraía la política. Era conservador, o mejor dicho me llamaba conservador, por tradición de familia. Pero de la cárcel salí con la sangre en el ojo, y dispuesto a meterme en las actividades de la conspiración y de la guerra civil. Era secretario en el Juzgado de Distrito de lo Criminal, a cargo del Juez González, mi pariente y amigo íntimo don José Cuadra, conspirador empedernido, que trabajaba en las primeras filas en los preparativos de la llamada guerra del Lago, que dirigía con habilidad don Alejandro Chamorro, rigurosamente oculto para evitar un golpe de la policía.

Un día me dijo José Cuadra: —Don Alejandro quiere hablar privadamente contigo; alístate para que vayamos a las siete de la noche que es la hora apropiada. Me fui con José a quien se le abrían todos los conductos hasta llegar donde el Jefe. Me dijo don Alejandro: Pasado mañana es el jurado de Calixto Talavera, acusado del robo de un hule; es un peón que necesitamos, porque se hará cargo de las opera-

ciones en Mombacho, que él conoce como la palma de su mano. Dice José Cuadra que tú tienes el dominio en el Juzgado, y que es ilimitada la confianza del Juez González en tí. Tú operación será muy fácil. Cuando vayan a desinsacular los jurados, le pedirás el saco al Juez, diciéndole: Quiero darle suerte a este reo; y cualquiera que sean los números tú leerás éstos que llevarás de memoria, y me dió los números de los jurados comprometidos en la absolución de Calixto.

Me pareció peligrosa la maniobra, pero José me animaba y me dejé corromper en el vicio de la conspiración. Ejecuté la orden de don Alejandro y salí limpio y triunfador, poniéndole un jurado AD HOC a Calixto. Sin tentar tierra, fue absuelto, y más tarde como un bravo, peleó en Mombacho con su columna.

Pero mi conciencia no estaba tranquila, me parecía oír la voz de Miss Moore, mi profesora del Kindergarten, que me decía: "Carlitos, no es caballero"; y más solemne todavía la voz de Burke, el Ministro conservador de Inglaterra, tenido por el mejor expositor de la doctrina conservadora: "Hoy no ha prevalecido en este juzgado la gracia que no se compra".

ME GRADUO DE DOCTOR EN DERECHO

En el mes de mayo del año 1904 pasé lo que se llamaba examen público para optar el título de doctor en Derecho. Era en ese año Decano el doctor don Miguel Vigil, que siempre me estimuló en mis estudios, que mostraba un interés casi paternal en mi éxito, y durante el examen, francamente dijo que estaba interesado en lucirme, como una esperanza de la ciudad. Deseo declarar todo ésto por dos motivos: primero para que conste mi gratitud para el doctor Miguel Vigil; y segundo para hacer ver cómo se me han facilitado los elementos en la vida, para imponerme el deber de la modestia.

El mismo día murió mi ilustre amigo don Anselmo Hilario Rivas. Su duelo frustró mi fiesta en casa de mi hermano Ramón para celebrar el principio de mi profesión. La tenía preparada con lujo por los muchos obsequios de familiares y amigos que había recibido. El duelo cubría a mi familia, no sólo por la admiración hacia don Anselmo, sino porque estábamos ligados, Rivas y Cuadras, por el casamiento de su hijo Anselmo, con mi hermana Anita.

El entierro de don Anselmo fue solemne. Lo llevaron a la Iglesia de San Francisco en donde fue velado, y por donde desfiló todo Granada por el prestigio de cumbre intelectual que noblemente había adquirido. No hubo honores oficiales pero la ciudad entera, y muchos que vinieron de otras poblaciones le dieron solemnidad al acto. Alcibíades Fuentes que vino comisionado de Managua por los conservadores, pronunció un candente discurso, con valor y elocuencia, inmediatamente fue perseguido severamente.

Durante la larga agonía de don Anselmo, se fue estrechando más y más mi amistad con él. Mi hermano Miguel y yo le visitábamos diariamente, y cada vez que se lo permitían los agudos dolores que sufría nos dictaba brillantes lecciones.

Recuerdo que como cinco días antes de su muerte estando rodeado en su lecho por Joaquín Gómez, mi hermano Miguel y por mí hablamos del poema de Voltaire, sobre Lucifer; él pidió el texto que estaba en Francés, y para mí lo tradujo. Con voz lenta y cansada. Bello cuadro aquel de un anciano moribundo aleccionando a tres jóvenes que le rodeaban. Se entusiasmó en el momento culminante del poema, cuando Luzbel, el jefe de los Angeles Rebeldes vencido, es llamado por el Arcángel vencedor, para que vuelva al cielo en virtud del arrepentimiento, y le dice: "Solo el espesor de una lágrima te separa de tu lugar en la Gloria, Luzbel, la del llanto del arrepentido". Lucifer vacila, pero lo domina la soberbia; dá un grito y dice: "Más vale reinar en los abismos que obedecer en los augustos cielos". Y es precipitado por toda la eternidad.

: Nosotros nos sentíamos emocionados con aquella voz que parecía venir de esa misma eternidad, en donde penetré con el arrepentimiento de sus pecados y el auxilio de la religión, el ilustre varón, gloria de su patria.

Mi tesis versó sobre el divorcio. Lo combatía como destructor de la familia que es el principio de toda sociedad. Procuré hacer mi estudio lo más profundo posible, lo estudié históricamente, religiosamente y socialmente. Terminado el razonamiento y la afirmación de mi doctrina yo agregué que todo ello no significaba un desvío de mi inteligencia enamorada perpetua del progreso y de la libertad. Este final me valió una carta de mi hermano Pedro Rafael en que me decía que había arruinado mi tesis por la cobardía que significaba esa frase inoportuna que le había puesto. Y más que mi hermano Pedro Rafael, Pedro Joaquín Cuadra Chamorro, sobrino en generación, pero hermano en edad y trato, me abominó y casi me excomulgó por lo que llamaba mi cobardía.

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

Sin embargo, ellos estaban errados. Gracias a Dios, nunca he sentido miedo para expresar mis ideas, pero sucede que tanto Pedro Rafael como Pedro Joaquín se conservaron íntegros dentro de la ortodoxia pura del Conservatismo mientras que yo me dejé arrastrar de las perturbaciones de una filosofía positivista que me convirtió en un conservador liberalizado.

Con el estudio, con la reflexión y con la experiencia he rectificado; y hoy, por lo menos en la intención, soy un caballero católico por la fe y por la esperanza.

MI INCORPORACION EN LA CORTE SUPREMA

Enseguidita fuí a Managua a perfeccionar mi título. Me hice presente en el Ministerio de Instrucción Pública entonces a cargo del doctor Adolfo Altamirano para que lo registrara. Debía ser firmado por el Ministro y por el Presidente de la República. En el Ministerio, me dijeron que lo dejara y volviera al medio día para entregármelo y pidiera audiencia al Presidente José Santos Zelaya para recoger su firma. Me fuí al Hotel Caligaris donde me hospedé y fuí sorprendido por un llamado al teléfono del propio Ministro Altamirano, quien me dijo: —“Espéreme allí que ya llegó”—. Llegó el señor Ministro y con sorpresa mía me dijo: —“Yo supongo, doctor Cuadra Pasos que a usted no le gusta ir donde el General Zelaya, y por ello vengo a ofrecerle que yo le recogeré la firma. Tengo muy buenas recomendaciones de usted”. Le agradecí su ofrecimiento y se fue llevando mi título. Como a la hora de almuerzo volvió a llegar al Hotel el propio Ministro Altamirano y me entregó el título con la firma elegante de José Santos Zelaya. Agregó muy amable el Ministro: “Vamos a celebrar su triunfo”, y pidió media botella de champán y tomamos los dos, haciendo amistosos votos el doctor Altamirano por mi buen éxito profesional.

Se despidió el Ministro y yo empecé a sentir esa inflacioncita de la vanidad aceptando que era una victoria por mis buenos estudios. Pero después he entrado en sospechas de que me valió tanto obsequio del doctor Altamirano el hecho de que en Granada, el Jefe Político y Comandante de Armas, General Fernando María Rivas, estaba conspirando para darle un golpe sobre seguro al General Zelaya, quien llegaría a Granada de paso a San Juan del Norte para despedir a su esposa que se embarcaría en aquel puerto del Atlántico. Joaquín Gómez y yo, que como pasantes circulábamos por todas las oficinas fuimos los oficiales de enlace del General Rivas con los directores del Partido Conservador,

y según parece, Altamirano era el verdadero Jefe de esa conspiración. Entonces resulta que no era al estudiante lucido las atenciones, sino al cómplice conspirador. Pocos meses después fue la tragedia de la muerte del doctor Altamirano, y la primera impresión en Managua fue de darle carácter político a la tragedia. Muy diferentes fueron los motivos del drama; el doctor Julián Irías, autor de la muerte, había procedido en justicia resguardando el honor de su casa y castigando la traición de un amigo íntimo.

Acto continuo fuí a incorporarme a la Corte Suprema de Justicia. Allí tuve un feliz encuentro; incorporándose también, estaba Paulino Valladares, poco más o menos de mi edad. Era él un emigrado político hondureño. Lo patrocinaba el doctor Manuel Coronel Matus, que me lo presentó. Al mismo tiempo Paulino, siempre por la protección de Coronel Matus, había sido nombrado en la misma Corte Suprema, Registrador Público del departamento de Granada. Los trámites fueron largos y salimos de la Corte Suprema como a la una de la tarde. Yo convidé a almorzar a Coronel Matus y a Paulino, pero Coronel Matus se excusó diciéndonos gentilmente: —“No les quiero enseriar el almuerzo, y sí los recomiendo mutuamente, a Cuadra Pasos y a Valladares”. Almorzamos, pues, solos los dos. Menudearon los aperitivos, y mojamos constantemente el almuerzo con licor.

Creo que los dos comprendimos que éramos camaradas en las letras y en la interpretación alegre de la vida. Ya en Granada, en ejercicio ambos de la profesión, Paulino principió a darse a conocer como escritor en La Estrella de Nicaragua, periódico que publicaba Carlos Anacleto García. Firmaba Paulino con el seudónimo de Rodrigo de Narváez. Carlos García a pesar de las diferencias políticas conmigo era mi buen amigo. Cuando yo cursaba en el Instituto el bachillerato en tiempos que era director el cubano don José María Izaguirre, el ecónomo del Instituto era el General An-

drés García, padre de Carlos, y que vivía con toda su familia en el ala del Instituto denominada La Economía. Allí me hice amigo de todos los Garcías. Los hombres eran ingeniosos y las mujeres todas bellas. Nunca se rompió esa amistad a pesar de las fuertes contradicciones políticas que surgieron entre los dos más de una vez.

Pero la amistad con Paulino iba creciendo cada día. Visitaba mucho mi casa y se estableció una amistad singular entre él y mi madre. Él sentía profundo respeto por ella, y más de una vez llamó él mismo a ese respeto, admiración. Casi todos los domingos almorzaba junto conmigo y con mi madre, ni él ni yo atábamos la lengua, y mi mamá se reía de lo que llamaba, —los disparates de esta pareja de muchachos.

Acostumbrábamos pasear a caballo juntos todos los domingos en la mañana, Joaquín Gómez, Paulino y yo. Un tiempo nuestros paseos fueron a la laguna de Apoyo, y nos acompañaba también Alejandro César. Joaquín Gómez y Paulino eran buenos nadadores y se desafiaban a nadar sobre la laguna. Teníamos pagados dos botes para que los vigilara mientras nadaban para evitar cualquier percance. Siempre Joaquín Gómez le ganó a Paulino. Joaquín iba y volvía de un extremo a otro de la laguna, Paulino por regla general se quedaba a la mitad de la jornada de regreso. Creo que Joaquín Gómez era el más potente nadador de su tiempo.

He sabido que un nieto de él es actualmente campeón en correr sobre el agua. Tal vez no sabe de dónde le viene ese atavismo de pez que lo familiariza con las aguas.

LA CASA MENIER DE FRANCIA ME NOMBRA SU ABOGADO EN NICARAGUA

Un día feliz recibí la visita de don Adolfo Gavinet, administrador general del Valle de Menier, bella hacienda de cacao, perteneciente a una fuerte casa industrial francesa, reputada como el sexto capital de Francia. Ya el viejo Menier había muerto y lo sustituían sus dos hijos, Enrique y Gastón. Me dijo don Adolfo Gavinet, que sabedores los Menier de que un sobrino de don Vicente Quadra se había graduado de abogado, tenían especial gusto de confiarle su poder.

Don Vicente Quadra siendo Presidente de la República, cultivaba muy buenas relaciones con Menier, por ser vecinas sus dos haciendas: San Antonio de don Vicente, y el Valle Menier. Don Vicente, Presidente de la República, y para servir en ciertos asuntos delicados que tenía Nicaragua con Francia, nombró al señor Menier, Encargado de Negocios. El Gobierno de Napoleón III rechazó el nombramiento, por ser Menier un industrial, en nota impertinente. El Ministro de Relaciones Exteriores de don Vicente, don Anselmo Rivas, dio a esa nota una elevada contestación, que tuvo fama en todo el continente, y es citada como modelo en más de un autor de Derecho Internacional. Desde entonces Menier, de lejos, fue un adicto y admirador de don Vicente. Siempre circunstancias de esa especie han facilitado mi carrera.

Tenía encanto en el ejercicio de este poder mis llamados, frecuentes por cierto, al Valle de Menier, en donde me atendían como a un príncipe, Adolfo Gavinet y su esposa. Comía ricas viandas siempre mojadas por muy buenos vinos franceses.

Adolfo Gavinet y su esposa eran dos personas de muy agradable trato. Ella una francesa culta, que permanente-

mente leía buenos libros. Sin embargo, ambos fueron absorbidos por el ambiente de Nandaime, y a mí me caía en gracia verla a ella dando a sus hijos las medicinas caseras del campo nicaragüense. También don Adolfo había sido modificado por el ambiente de Nandaime. Recuerdo una vez en que ellos *entraron en dificultades con mis primos los hijos de don Vicente*, por asunto de la distribución de las aguas para el riego del cacao. Para mí era difícil el problema, porque ambos eran mis clientes, pero conversando en Granada con Vicente Quadra hijo obtuve un arreglo que me pareció satisfactorio para ambas partes. Llamé por teléfono a don Adolfo para ver si lo aprobaba, y me contestó con una frase de los galleros de Nandaime: "Amarre doctor Cuadra Pasos".

Y ya puesto en estos recuerdos gratos de los Menier voy a detenerme en relatar una anécdota expresiva de muchos nobles sentimientos. El viejo Menier envió a don Vicente de obsequio un precioso bastón de mando, de una sola pieza de marfil, con el pomo engastado en oro y colgante dos borlas expresivas de la autoridad presidencial, formadas de hilos consistentes de los colores azul y blanco de la bandera nicaragüense. El bastón estaba guardado en una bella caja de madera y adentro de terciopelo.

Cuando don Vicente estaba en su lecho de muerte, era su médico, el doctor Rosendo Chamorro, y le obsequió el bastón, diciéndole: "Pido a Dios que para el bien de Nicaragua le dé a usted ocasión de usarlo". Me parece, que en su agonía don Vicente lo quiso señalar y confirmar como un futuro Presidente. Pero don Rosendo no guardó aquella prenda con todo el valor simbólico que significaba y cuando Monseñor José Antonio Lezcano y Ortega fue consagrado Arzobispo de Managua se lo obsequió.

No era prenda para esa clase de autoridad altamente espiritual. El bastón pereció quemado en el terremoto de

Managua. No puedo menos que hacer una crítica de mi respetable y muy respetado amigo don Rosendo. Aquel bastón tenía un valor simbólico permanente de una autoridad efectiva, enérgica, cuidadosa y al mismo tiempo suave y limpia como el marfil. El mismo don Rosendo en los vaivenes de la política nicaragüense, pudo usarlo cuando murió don Diego Manuel Chamorro. Y varias veces su nombre sonó para el ejercicio de la primera magistratura. Tal vez le faltó el apoyo del bastón.

Ese bastón debiera estar hoy en poder de los hijos de don Rosendo, doctor Enrique Chamorro y don Alejandro Chamorro, ya que no existe en Nicaragua un Museo especial para guardar cuidadosamente los objetos que en política tienen el valor de un símbolo.

Existía otro obsequio finísimo del viejo Menier a don Vicente, con valor de un fallo de la historia, sobre don Vicente como gobernante. Era una bellísima panoplia de plata repujada y fabricada en Toledo, España. En la parte alta de la panoplia, estaban dos espadas cruzadas, en la una decía la hoja toledana, —“No me saques sin razón” —; en la otra rezaba: —“No me envaines sin honor”.

Más abajo dos finas pistolas de duelo, y como remate inferior de la panoplia, atravesado, un agudo puñal con ésta leyenda: “Muerte a los tiranos”.

Y abajo, fuera ya del marco de la panoplia, escrita en letras de oro esta razón: “Feliz la República a cuyo Presidente se le puede obsequiar esta panoplia sin temor de que le haga temblar el corazón, la leyenda del puñal”.

Muchas veces tuve en mis manos la pesada panoplia y pensaba que bien podía valer como un escudo nobiliario.

Como una consecuencia de mi posición de abogado de los Menier, tuve a mi cargo un asunto muy interesante en el orden criminalista. El Conde Fernando Brimón de Ruinar, gentil caballero, fue atropellado gravemente por la policía de Granada. Era Director de Policía el Coronel Belisario Gutiérrez y en un registro que hizo por pesquisas políticas en el Hotel en que estaba hospedado el Conde, se lo llevó preso. Aquí salta un episodio cómico. El Conde le pregunta al Director de Policía: —“Dígame señor, no hay en este país el recurso del Habeas Corpus?”. El Director le responde: —“No señor, hace tiempo que está prohibida esa procesión”.

El Presidente Zelaya sabedor del percance, mandó que se le siguiera un proceso al Conde en el Juzgado del Crimen. Yo fuí su defensor. Por cierto que desde el principio penetré la caballerosidad de mi cliente, porque me dijo: —“Tenga entendido doctor Cuadra Pasos, que de ninguna manera ni por ningún motivo presentaría un reclamo diplomático contra Nicaragua, tierra en donde he encontrado grandes facilidades de vida”. Yo pensaba ponerle esa condición, y él me allanó el camino en virtud de su caballerosidad. En este litigio trabajé con entusiasmo, y debo decir que no me molestaron para nada las autoridades. El día del jurado tuve numerosa barra. Procuré mantener alto mis consideraciones, y el éxito fue favorable porque el Conde fue absuelto entre los aplausos fervorosos de la concurrencia.

Volvió el Conde a su hacienda situada en la frontera de Costa Rica. Eran tres los Brimón de Ruinar, el Conde y sus hermanos Enrique y Juan. Este último un pintor de mérito, pero no alcanzaba a la respetabilidad del hermano mayor. Cuando la guerra europea el año 1914, todos ellos fueron llamados al servicio militar, y el Conde Brimón de Ruinar hizo un papel descollante en el ejército francés en los días más amargos de la lucha.

LA MUERTE DE MI MADRE

Es este un capítulo de mis recuerdos hondamente sentimental y lamento no ser poeta para poner en él esa armonía que todos percibimos en lo íntimo del alma pero que son muy pocos los que pueden expresarla.

El 16 de marzo de 1906, cumplía mi madre sesenta y ocho años de edad. Tenía ella un hermoso reloj cronómetro que registraba la hora, el mes y el día. Cogía cuerda para un año entero, y ese día se paró arbitrariamente. Creo que era el dedo de Dios indicando un triste destino, y que hasta después de cumplido lo notamos los afectados por su duelo.

Mi madre enfermó ese día y su médico, que era su hermano el doctor Agustín Pasos, diagnosticó una infección intestinal y como tal se la trató con energía. Pero al tercer día, se le infectaron los pulmones y su médico llamó inmediatamente a varios colegas en permanente consulta. La pulmonía le producía a la enferma asfixia, y mi hermano Miguel y yo, turnándonos, teníamos que mantenerla levantada para mitigarle el ahogo. Ella, lúcidamente, comprendió que había llegado su última hora y la aceptó con sublime resignación. A pesar de sus padecimientos nos daba lecciones a Miguel y a mí para nuestra conducta futura, a cada uno según los defectos que debía evitar, y nos señalaba los caminos que debíamos seguir.

Al amanecer del día domingo 10 de marzo, los médicos pronosticaron su inmediata muerte. Mi madre nos habló de que deseaba recibir lo más solemnemente posible los auxilios de la religión. Por las leyes que regían, estaban prohibidas las manifestaciones exteriores del culto cristiano. Paulino Valladares que oyó todas esas aspiraciones de mi madre, dio la vuelta y se fue en silencio de la casa. Como a las dos horas regresó Paulino, y nos dijo a los hijos que traía orden es-

crita del Jefe Político, Juan José Bodán, muy hostil en su mando a mi familia, para poder traer el Viático en procesión con la solemnidad deseada por la enferma. Nos dijo más, que el General Bodán, le había manifestado que mi madre era una santa, que él le tenía por un tesoro de la ciudad, que infundía gran respeto, "aunque los hijos sean unos bandidos".

Se procedió a organizar en la iglesia de La Merced el Viático. Pusimos en el zaguán, cajas de velas y fueron enviadas otras a la iglesia. Al saber el público la novedad de un viático en procesión y que era para doña Virginia Pasos de Quadra, le formaron numerosa concurrencia. La casa, bastante grande, se llenó en su patio y en sus corredores. Se abrieron de par en par las puertas del aposento, donde estaba la agonizante; y ella feliz, siempre sostenida por Miguel y por mí, imploraba a Dios diciendo: "Jesús y María, os entrego el alma mía"; y en su insistente fidelidad para el esposo, agregaba en voz más baja: "Alma de José Joaquín, vení ayudame".

Todos mis hermanos lloraban copiosamente. Enfrente, a pocas varas de la cama de mi madre, estaba arrodillado Paulino Valladares, con su vela encendida. Yo conocía las ideas muy poco religiosas de Paulino, que era un positivista incrédulo y sin embargo su cara expresaba una admiración casi mística.

En cambio, yo había perdido el sentido de la evidencia. No derramé una lágrima. Parecía no darme cuenta de la soledad que la muerte de mi madre, significaba para mí. Todos mis hermanos tenían familia aparte, y algunos vagaban emigrados fuera del país. Yo fui su compañero de sus últimos años, y sin embargo me mostraba inmovible. Se fue el Viático siempre con igual solemnidad, sobre la Calle Real hacia la iglesia de La Merced. Mi madre murió a las

ocho de la noche. Seguía yo renuente a la plena posesión de mi desgracia, y aún sentía vergüenza de mis malos sentimientos. Durante estuvo mi madre velándose, desfilaron sus mendigos, sus compañeras de iglesia, sus protegidos de toda clase, y se llevaban prendas como reliquia. El entierro fue también de especial solemnidad, porque fuera de la costumbre granadina la acompañaron al cementerio, hombres y mujeres. No nos consintieron poner su ataúd en el carro fúnebre, y cargado en hombros casi siempre por gente de humilde condición social, llegó a su tumba.

Mi padre, estaba enterrado en un lote del cementerio a una profundidad de dos metros, y sobre ese sepulcro fue edificada por el arquitecto italiano Cruchito, el mismo que construyó el viejo Palacio Nacional, una bella capilla. Desde que pusieron a mi padre, quedó listo a su lado, el lugar para mi madre. (*).

El cadáver de mi padre había sido embalsamado rigurosamente por el doctor Constantino Guzmán. Los médicos que lo asistieron se pusieron en desacuerdo sobre el diagnóstico, y el doctor Guzmán queriendo probar la certeza del suyo, pidió permiso para embalsamar el cadáver. Guzmán triunfó con su ciencia. Mi hermano Ramón había enviado a un servidor de su confianza para dirigir la operación de preparar el sepulcro de mi madre. Vino ese enviado expresamente del cementerio al medio día y le contó a Ramón que el cuerpo de mi padre estaba intacto como el día que lo sepultaron. Ramón siempre paternal conmigo, me dijo: "Puesto que no conociste a mi papá, por qué no vas a ver su cadáver?". Medité unos minutos y le contesté: "No, hermano mío, mi madre en una labor de toda su vida, me ha formado un concepto ideal del físico y de lo espiritual de mi papá: Varón de encantadora gallardía y aspecto de prócer. No lo quiero cambiar por una momia".

(*) En el mismo lugar se enterró C. C. P.

Durante todas estas operaciones, persistía en mí la pérdida del sentido de la evidencia. No derramé una sola lágrima. Volví a mi casa solitaria. Parecía un autómata recorriendo sus corredores y dormí toda la noche sin volver a la realidad. Una menuda circunstancia me sacudió de ese sopor. En la mañana, el que llevaba el zacate de mi caballo, gritó desde el zaguán: "Aquí está el zacate!". No pudiera explicar cómo fue aquello, pero sufrí una sacudida al ver que la corriente ordinaria de la vida, seguía como si mi madre estuviese viva. Rompí a llorar y lloré con gemidos casi convulsivamente todo el día. Ni mis hermanos, ni Paulino Valladares pudieron consolarme. Sentí mi soledad, la luz de mi espíritu apagada. Aún a pesar de la convicción que sentía de que ahí en adelante ella me protegería desde el cielo

Terminaré el capítulo con una anécdota de sucesos acaecidos cuatro años más tarde. Cuando entró triunfante a Granada la revolución de la Costa Atlántica en el año de 1910, hubo los naturales desórdenes y violencias de nuestras guerras civiles. Una patrulla de revolucionarios traía preso al General Juan José Bodán para fusilarlo, y mi hermano Demetrio, arriesgando su vida y su prestigio, se le opuso a los soldados y les habló de la vergüenza que sería esa ejecución sin juicio. "Entrégueme a mí al General Bodán", les gritó; "que yo le llevaré preso para que se le juzgue". Por dicha le obedecieron. Demetrio, en lugar de llevarlo a la cárcel, lo llevó a su casa y ahí lo tuvo oculto hasta que se tranquilizaron las cosas. Demetrio le hizo saber a Bodán que era el premio, la recompensa de su noble acción consintiendo el Viático de mi madre.

El General Bodán, sobrevivió muy enfermo, unos pocos años. Se le inflamaban los pies, y en cada ocasión en que se le perseguía, me avisaba a mí y yo lo protegía inmediatamente.

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

te. Por esta circunstancia, fuimos amigos, y él comprendía porque más de una vez me lo dijo que todo ello era obra de doña Virginia desde el cielo.

Pero el instrumento, fueron sus hijos "bandoleros".

LA ÚLTIMA ESCLAVA SEÑORA EN NICARAGUA

Este Cabo Suelto, lo publicaré por insinuaciones de mi hijo Pablo Antonio. Lo conoce él por una tradición sostenida en mi familia, relatos de las tertulias íntimas.

Me obligará a dar un salto para atrás y regresar a mi infancia

En el año 1860, vino a Nicaragua un español llamado don Ramón Espíndola, que había residido en Cuba todavía colonia de la Madre Patria, y levantado una regular fortuna. Aquí en Granada instaló un gran negocio de botica, en la casa que ahora ocupa el Banco Nacional, ya reedificada, y perteneciente a mi madre Virginia Pasos de Quadra. Como el negocio de medicina abarcaba a todo Nicaragua, y no tenía competencia, vientos muy prósperos le soplaron y en unos diez años reunió un fuerte capital.

El señor Espíndola trajo a su familia que se formaba de su esposa, de un hijo varón y una hija mujer. La señora Espíndola tenía a su servicio una esclavita negra, que ella compró en una subasta de esclavos en La Habana, cuando tenía sólo doce años de edad. No descuidó la señora la educación de su esclava que estimaba altamente. La bautizó, y fue ella una buena cristiana. Le enseñaron a leer y a escribir y nociones de Primaria que la negrita absorbió con mucha inteligencia.

Cuando el señor Espíndola se sintió muy rico resolvió regresar a Cuba. La esclavita no quería de ninguna manera volver a Cuba porque espantaba su ánimo muy tristes recuerdos de sufrimientos en esa localidad.

El señor Espíndola vendió su negocio a mi tío el doctor Agustín Pasos asociado de su hermano José Pasos para ha-

cerle frente al precio. Mi madre vivía enfrente de los Espíndolas en la casona de los Quadras reconstruída en parte. Por el contacto permanente de esquina a esquina le era muy conocida la esclavita a mi mamá. La llevada a Cuba de la esclava tenía sus dificultades para la señora de Espíndola porque en Nicaragua era libre y resueltamente se oponía al viaje. Conocedora de todas estas circunstancias mi mamá recomendó a mi tío José Pasos conversar con la señora de Espíndola para ver si quería cederle a la esclavita pagándole el precio que había dado en La Habana. La señora de Espíndola aceptó la propuesta y mi madre pagó por la esclavita quinientos duros españoles suma considerable que calculo significaría en la actualidad más o menos un mil dólares.

El nombre de la esclava era Ana y su destino era dedicarse al cuidado de los niños, principiando por mi hermana Ana Norberta, mayor que yo quince años, después se agregó a su cuidado Eulogio, más tarde Miguel, enseguida Margarita y por último yo. Desempeñaba sus funciones con fineza, nos cuidaba no sólo en el orden físico sino también en el moral e intelectual. Así fue ascendiendo en la casa hasta llegar a ser ama de llaves con autoridad sobre todo el resto del servicio. Le pusieron su pieza en el lugar principal de la casa, y sus muebles eran buenos y su ropa siempre muy limpia. En sus negocios de ama de llaves ella firmaba con el nombre de Negritana, aún a pesar que mi padre la autorizó para usar el apellido Quadra.

Su historia que ella nos contaba era bien triste y conmovedora. Su madre era esposa del Rey de un estado de negros; por una traición de los negros de la costa fueron capturadas ella y su hija predilecta que gozaba de muchas prerrogativas y halagos. Despertaba mi fantasía lo que ella me contaba de sus largas cabalgatas sobre avestruz, que le servía de dócil montura. La madre y la hija fueron embarcadas en un buque negrero, y traídos para Cuba que era centro de venta de los

esclavos Me contaba el horror del trato que le daban a los esclavos en esos buques. Los flagelaban por cualquier motivo, y les tiraban la comida como a perros. Pero ella misma nos decía que a su madre y a ella nunca las maltrataron, dormían y vivían en lugar separado sobre cubierta y participaban del rancho limpio de los marineros. Era que los vendedores comprendían el buen precio que podían obtener por la madre y por la hija.

Llegados a La Habana y con gran humillación de su madre y de ella las pusieron desnudas en una subasta de esclavos. Un norteamericano rico compró inmediatamente a la madre y se la llevó para los Estados Unidos. Nos decía: Fue ese el día más triste de mi vida, y lloré día y noche sin consuelo. Acto continuo la compró el señor Espíndola para servirse de ella y aún para un adorno lujoso de su casa.

No tenía queja ninguna de la familia Espíndola y la recordaba siempre con afecto. Le gustaba mucho Nicaragua y su gente, por la libertad de que se gozaba, abolida para siempre la odiosa esclavitud y por lo tanto sentía repugnancia hacia Cuba donde estaba en plena actividad ese cruel negocio. Todos sus pupilos le fuimos muy dóciles inclusive el rebelde de Eulogio, pero conmigo extremó su influencia sobre todo después de la muerte de mi padre. Ella colaboraba con mi madre de manera admirable en la tarea de enaltecer ante mí la figura de mi papá. Recuerdo que un día de tantos estaba en mi casa don Santiago Morales, primo hermano de mi papá, y ella me dijo: "Fíjate en ese señor, que se parece bastante a tu papá, pero tu padre era mucho más airoso". Años de años, cada vez que recordaba el episodio, me ponía a pensar qué significaba esa palabra airoso, sería fachendoso?, sería un vocablo callejero cubano? Hasta ahora al escribir este Cabo Suelto, mi secretaria para sacarme de duda buscó la palabra en un diccionario Larousse Ilustrado y he encontrado que era admirativo para mi padre Lo copio

textualmente: "Airoso-sa- Adj. Dícese del tiempo o lugar en que hace aire. Fig. Garboso, elegante. Fig. Dícese del que ejecuta alguna cosa con lucimiento: salir airoso de un empeño". Todo era sobre el plan de presentarme el modelo permanente de mi padre junto con mi madre: Anda sucio el niño, tu papá siempre andaba muy limpio; tu papá nunca andaba agachado; tu papá era muy fino en su trato y no tenía esos arrebatos tuyos de malacrianza.

Tenía yo un perro de raza especial, que me había regalado una anciana llamada doña Pascuala Dávila, muy amiga de mi casa, y dueña de un gran solar donde iba algunas tardes con mi niñera a comer jocotes, por cierto muy ricos de sabor. El perro era negro, no muy alto, pero imponente, largo, sin cola y le llamaba Otelo. Era mi compañero en toda clase de juegos, me divertía sorteándolo como toro. Otelo tenía solo tres amores, mi madre, la Negritana y yo. A mí madre la esperaba todas las mañanas echado en el zaguán de la casa para recibirla a su regreso de la iglesia; la acariciaba y mi madre le pagaba esos halagos con unas sopas de pan con leche; la Negritana cuidaba de su alimento y cuidaba de que lo bañaran y yo su íntimo camarada de juego.

Seis años de edad tenía, cuando la Negritana enfermó y mi tío Agustín Pasos, su médico diagnosticó cáncer incurable y mortal. Con ánimo cristiano se preparó para la muerte, y cuando ésta llegó toda la casa se consternó. Velaron el cadáver, en la sala principal, tendida en el suelo sobre una alfombra de merino negro, según era la costumbre de entonces. El Otelo inmediatamente se echó al lado del cadáver y allí permaneció durante toda la vela. A mí me enviaron en depósito a la casa de mi tío Vicente porque estaba sumamente impresionado. Mi madre convidó por tarjeta para el entierro. Pero cuando llegaron los del servicio fúnebre y trataron de echar el cadáver en el ataúd, Otelo enfurecido se les iba encima. Mi madre, por la actitud de Otelo me mandó

a llamar para atarle, porque era el único que podría dominarle. Llegué con la correa que usábamos ordinariamente para atarlo. Se la prendía del collar, pero al ejecutar la operación yo me deshice en llanto, y debo confesar que me vinieron tentaciones de juntarme con Otelito para oponerme a que se llevaran a la queridísima Negritana. Por la orden estricta de mi madre me llevé a Otelito para la casa del tío Vicente. Todo el vecindario asistió al entierro, tuvo honras fúnebres solemnes en la Iglesia de la Merced y la sepultaron en el mausoleo de nuestra familia.

Me pasó el dolor más pronto a mí que a Otelito, más constante en su amor sólo vivía triste bajo la cama de la difunta. Se fue enflaqueciendo, y un día de tantos, apareció con una nube blanca en uno de sus ojos; después se le cubrió el otro ojo y quedó ciego; pocos días después murió Otelito.

Mi madre mandó cavar una sepultura de un metro de hondo al pie de un arbolito de campanillas rojas que estaba en una de las esquinas del jardín. Ahí fue sepultado Otelito. Sirvió de abono a las campanillas rojas. Llegaban en bandadas los pajarillos moscas a chupar la miel de las campanillas, y en mi fantasía de niño me parecía que era cosa de la Negritana, mensajeros que me enviaba desde el cielo.

Pasaron varios años y un día de tantos mi hermano Ramón y el doctor Filadelfo Chamorro, recibieron una carta de Ramoncito Espindola, el hijo de don Ramón, en que les decía que deseaba venir a pasar una breve temporada en Granada, para recordar a la ciudad de su infancia.

Vino Ramoncito y lo hospedaron en casa de mi madre. Procuraron agasajarlo sus amigos, condiscípulos en el Colegio de Granada, que dirigían profesores españoles.

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

Una noche le dieron un banquete en la azotea del restaurante Versailles. Hablaba Ramoncito de la belleza de las cubanas y de la belleza de las granadinas, cuando entró a la azotea para comer en mesa aparte doña Berta Benard, y Ramoncito, dando un salto dijo: Esa si es hembra, chico!

Le explicaron que era la esposa de su amigo don Filadelfo y él sin cortarse le tendió la mano, diciéndole: Pues hombre, te felicito; porque te has sacado el premio gordo en la lotería matrimonial.

MUERTE DEL GENERAL JOAQUIN ZAVALA

El año de 1904, era Presidente del Club Social de Granada, don Pedro José Chamorro conocido por la rectitud y severidad de su conducta. Varios jóvenes habían establecido una manera especial del juego de naipes, llamado Veintiuno. Lo jugaban a tres naipes en una rueda unas veinte a veinticinco personas. Al General Joaquín Zavala le gustó la diversión y se sentaba a jugar con los muchachos, que lo trataban, y lo bromeaban como si fuera uno de ellos. Dada la respetabilidad del personaje, repugnó aquello a don Pedro José Chamorro y prohibió esa forma del juego Veintiuno. El General Joaquín Zavala se molestó por aquella disposición de don Pedro José y la tomó como una reprensión indirecta que se le hacía y se retiró de socio del Club.

El 24 de Diciembre del mismo año se renovaba la Junta Directiva del Club Social. La nueva electa era formada así: Presidente, don Salvador Jiménez, Secretario, David Arellano, Tesorero, Joaquín Pasos y Vice-secretario, Carlos Cuadra Pasos. No asistió a la sesión de aquella noche David Arellano. Los dos Presidentes, es decir don Pedro José Chamorro saliente y don Salvador Jiménez entrante, hicieron moción de nombrar Presidente Honorario al General Joaquín Zavala, como un desagravio; y socio Honorario al maestro Trinidad Cajina. La moción fue aprobada por unanimidad. Fueron los dos presidentes a notificar el nombramiento del General Zavala, y lo trajeron al Club para que recibiera la investidura. Venía el General Zavala con un saco de seda china, que entonces se usaba mucho para descansar en la casa. Toda la concurrencia se puso de pie y lo aclamaron.

El General Joaquín Zavala era un orador elocuente sin duda alguna, pidió la palabra y pronunció un bello discurso de agradecimiento. Padeecía él de temblor en las manos y eso aumentó lo atractivo del gesto, porque su voz era firme y

clara. Cuando terminó de hablar el Presidente Honorario, don Salvador Jiménez se volvió hacia mí y me ordenó: Señor Secretario, conteste usted ese discurso. Yo sentí que se me venía encima el edificio del Club, pero recogí mis ideas y las solté a como salieran. Fuí muy aplaudido, pero cuando me retiraba con mi hermano Miguel a altas horas de la noche, con su acostumbrada ironía me dijo: Estuviste feliz esta noche, pero temblabas más que el General Zavala.

Por allí principiaron mis relaciones intelectuales con éste insigne personaje. Pocos días después, por un asunto de intereses familiares, en que él tenía el oficio de amigable componedor, lo visité casi diariamente. Siempre estaba acostado en una hamaca esquinera de su casa, con muchos libros y revistas en el suelo, pero con más revistas que libros. Era hombre de lectura constante y vivía en su ancianidad bien informado del movimiento del mundo. Entonces, después de tratar de las cosas de su arbitramento, solía darme lecciones de elocuencia parlamentaria. Me refirió que su táctica en el Senado había consistido en no participar en el fuego graneado de la discusión de los asuntos, pero cuando la corriente estaba espesa hablaba de una sola vez a partir por derecho la cuestión. Varias otras reglas de oratoria parlamentaria me aconsejó.

Yo notaba, que sin nublar la luz de su inteligencia, rápidamente declinaba su salud. A fines del año de 1905 enfermó de gravedad. Ibamos mi hermano Miguel y yo un medio día a almorzar, y entramos en la casa del General Zavala para averiguar del curso de su enfermedad. En ese medio día estaban solos en el cuidado del enfermo mi cuñada Mercedes Zavala de Cuadra y Juan José Zavala. Este nos dijo a Miguel y a mí: Vienen ustedes muy a tiempo; mi papá nos acaba de pedir que quiere prepararse religiosamente y recibir todos los auxilios divinos; les suplico a ustedes que vayan a traerme al señor Cura, dándole la razón de la soli-

cidad de mi papá. Fuimos a cumplir nuestra triste misión. Era Cura de Granada el padre Ignacio Matus y a nuestro reclamo se vino ligero con nosotros. Se sentó en el asiento de atrás del coche, y Miguel y yo nos sentamos quitados los sombreros en el asiento de adelante. Más de una hora duró la confesión, después entramos al aposento y el enfermo recibió con gran serenidad la comunión y la extremaunción. Cuando nos retirábamos yendo en el coche en la misma forma el padre Matus nos dijo: Zavala ha hecho una magnífica confesión.

A la madrugada del día 30 de Noviembre murió el General Zavala. El gobierno de Zelaya le decretó los honores debidos de Presidente de la República. Pronunció el discurso oficial el orador Alejandro Bermúdez. En el periódico El Comercio, hicieron una comparación, entre la grandeza de alma de Zelaya y la mezquindad de los Presidentes conservadores, acusando a don Vicente Quadra de que había negado, por resentimientos políticos, los honores a su correligionario el General Tomás Martínez.

Mi primo hermano, José Trinidad Sacasa me invitó a que contestara ese artículo defendiendo a nuestro tío Vicente. Me dijo que ese año lo había pasado él en León, y me puso sobre una mesa los documentos que tenía al respecto. Es el tema interesante y procedí a escribir la defensa. Los Generales Jeréz y Martínez conspiraban en contra del Gobierno de don Vicente Quadra. El Jefe de los cuarteles de León, que era un ciego adicto al General Martínez, estaba comprometido, e iban a dar el golpe, encendiendo la guerra civil, en cuanto recibieran ciertos auxilios del gobierno de El Salvador en donde gobernaban los amigos del General Martínez.

Era Prefecto de León don Pedro Argüello y llegó a Managua a informar de la conspiración a don Vicente. A éste, viendo el peligro inminente, se le ocurrió un ardid y le dijo a don Pedro: Propóngale al General Pineda la Gobernación

Militar de León. Don Pedro le replicó: Pero si él también está metido en el complot. Don Vicente le dijo: Pero es un militar de una sola pieza, le fue leal a Walker, cuando todos le habían abandonado, y por eso es que le llaman "El Macho Pineda", que es como decir el yanque Pineda. Fue don Pedro con la comisión y el General Pineda le respondió: Ser simplemente gobernador militar de León, no acepto; pero si me entregan el cuartel a la redonda, poniendo yo mi oficialidad, si acepto. Don Pedro volvió donde don Vicente, quien le ordenó: Dígale que sí. Se procedió al nombramiento, y a la correspondiente toma de posesión.

Los conspiradores Jeréz y Martínez no se precipitaron porque creyeron que Pineda era de ellos, y dejaron soplar el viento. Pero cuando Pineda había arreglado todo y Martínez y Jeréz, ya listos llegaron a pedirle que ejecutara la función, el Macho Pineda les contestó: Están ustedes equivocados; en este cuartel no mandamos más que Quadra y yo, y no entra ni mosca.

Cuando ya había sucedido el chasco de los dos altos militares, don Vicente Quadra los citó para una conferencia. Primero conversó con el General Máximo Jeréz y aquí tuvo un error ideológico don Vicente, porque Jeréz le manifestó que deseaba retirarse de León, y trasladarse a la ciudad de Rivas para abrir cátedra de Derecho. Don Vicente aplaudió el pensamiento, y puso una subvención a su cátedra, de dos mil duros anuales. El General Máximo Jeréz abrió su cátedra y sembró irreligiosidad en los liberales y en los conservadores rivenses.

Después habló con el General Tomás Martínez, con quien tenía viejas relaciones de muy buena amistad. Dijo don Vicente a Martínez: Hágame usted el favor General, de decirme, por qué me quiere apartar violentamente del gobierno; cree usted que yo soy un elemento vitando en el poder? En-

tonces no hay necesidad de ensangrentar el país. Tomó un papel de la Presidencia, puso su firma al final, y se lo dió a Martínez, diciéndole: Aquí tiene usted mi firma en blanco, para que ponga ante el Congreso mi renuncia en la forma que usted quiera. Martínez, inflamado de cólera, perdió la serenidad, arrugó el papel, y tuvo la intención de tirarlo sobre la mesa, pero le dió en el pecho a don Vicente Martínez dijo: Perdone señor Presidente, dió la espalda y se fue sin parar hasta El Salvador, en donde gobernaban sus amigos los que habían fusilado al General Gerardo Barrios, entregado por Martínez.

Al poco tiempo de estar en El Salvador el General Martínez se levantó una potente revolución de los amigos del General Gerardo Barrios. Martínez ocupó puesto militar para defender a sus amigos salvadoreños, fue derrotado y hecho prisionero. Instalado el gobierno de los barristas, Martínez fue condenado a muerte. Don Vicente al tener tan graves noticias envió inmediatamente a su Ministro de Relaciones Exteriores don Anselmo Rivas, para salvar a todo trance a Martínez, autorizándolo para llegar hasta a declararle la guerra al gobierno de El Salvador si era necesario.

Desempeñó su misión don Anselmo Rivas con exquisita habilidad. Fue cosa admirable que la propia viuda del General Gerardo Barrios, doña Elisa, ilustre señora profundamente cristiana, le ayudó para salvar a Martínez. Regresó Martínez con don Anselmo y se quedó en León en el más estricto retiro. Enfermó de gravedad el General Martínez y murió. Entonces no había telégrafo. El Prefecto don Pedro Argüello envió un enviado especial para noticiar a don Vicente de la triste noticia, pero cuando los honores pudieron llegar ya estaba enterado el Gral. Martínez. En la Gaceta Oficial dieron esas explicaciones. Con todos esos datos documentados escribí la defensa y la envié a El Comercio. Era Jefe de la redacción de El Comercio, el doctor Manuel Coro-

nel Matus que me estimulaba literariamente. Yo que era propenso al vicio, colaboraba con el seudónimo, "Amigo Manso", y en atención a esa circunstancia, envié mi defensa de don Vicente. Pero el General Zelaya se puso furioso, y el Director de El Comercio para satisfacer a Zelaya, resolvió castigarme con una multa y me cobró quinientos pesos, tomando como remitido mi artículo de defensa.

Aquí hubo complicaciones extrañas, síntomas de que ya el gobierno del General Zelaya no tenía la firmeza de antes, el Magistrado doctor Eliodoro Moreira, muy amigo mío me dijo: No te aflijas, yo te prestaré el dinero, a un interés módico para que en cinco meses me lo pagues de cien en cien pesos. Para formalidad, se le puso al documento la segunda firma de mi hermano Pablo Antonio, y mandé a pagar el remitido.

Aquí viene una parte sumamente satisfactoria para mí. El doctor Manuel Coronel Matus, en un noble gesto, renunció de la redacción de El Comercio, como una protesta por lo que se había hecho conmigo. Esto hizo más firme los lazos intelectuales que ya me ligaban con este personaje, y más tarde en otro Cabo Suelto de mi Memoria, publicaré un hecho, consecuencia de esa conducta noble de Coronel Matus.

CASAMIENTO DE JOAQUIN PASOS

Vino a Granada, por motivos de salud doña Juana López viuda de Zelaya, madre del Presidente Zelaya, acompañada de su nieta la señorita, Juanita Zelaya, que tenía diecisiete años de edad y había concluido sus estudios en el Colegio de la Asunción de León. Se instalaron en la casa del General Juan J Bodán, situada en las afueras de la población, para mejorar de clima.

Los partidarios del Gobierno, quisieron festejar a Juanita como a una princesa, pero doña Juana les dijo: No, Juanita es una señorita como cualquiera otra, y tiene buenas amigas en Granada. Déjenla ustedes correr en la sociedad con la modestia que la caracteriza.

Las amigas principales de Juanita eran las hijas de don Benjamín Varillas, todas ellas bellas y atractivas. La casa era centro de actividades sociales.

Se acostumbraba en Granada en las noches de luna ir grupos de jóvenes de ambos sexos a pasear a la costa del Lago. Hacían juegos de prenda y cantaban. Todas las señoritas de esa época sabían tocar el piano y tenían el instrumento en su casa, muchos jóvenes tocaban la guitarra y otros el acordeón. Todos factores de alegría y si se quiere de elegancia. De regreso de la playa se bailaba en una de las casas y se turnaban tocando el piano para la música las señoritas.

En esos paseos de la costa del Lago, se conocieron Joaquín Pasos y Juanita Zelaya. El acababa de regresar de Francia y era guapo mozo, ella indudablemente un encanto de muchacha. Yo nunca asistí a esas tertulias porque guardaba el riguroso duelo de mi madre recién muerta.

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

Como un mes habría pasado cuando uná tarde, llegó a mi casa José Argüello Vargas, amigo íntimo mío y de Joaquín. Me convidó para que comiéramos los tres esa noche en un restaurante.

Nos reunimos y la cena fue alegre y copiosa en licores; cuando terminamos, José nos dijo: Andemos sobre la Calle Real para hacer la digestión. Llegamos a Jalteva y nos sentamos en las gradas de la Iglesia, José en medio de Joaquín y de mí. Me dijo José: Joaquín tiene que decirte algo, pero está tímido porque le parece que no va a comprenderlo tu intransigencia política. Está en un error Joaquín, contesté yo, hemos sido como hermanos y hermanos gemelos. Lo de él me interesa más que la política. Agregó José: Es que Joaquín está enamorado de Juanita Zelaya, la hija del Presidente Zelaya. Repliqué: Lo comprendo porque la muchacha es linda, pero le voy a dar un consejo a Joaquín. Que guarde en secreto sus pretenciones porque si la niña le dá calabazas lo van a llenar de vituperio, así como si la niña lo acepta todos le van a rendir el sombrero.

Era Joaquín, de modales un poco solapados, y desde el otro extremo me dijo: Ya me dijo que sí. Entonces, me puse de pie y le dije: Anda y cástate que la novia es preciosa.

Efectivamente, sin faltar las murmuraciones toda persona comprendía que aquel matrimonio en el orden físico de la pareja, y también en el orden moral, era base firme de un hogar cristiano.

Muchos comentarios rodaban, uno de ellos era de que Zelaya temeroso de que Juanita se le casara con uno de sus partidarios de clase social inferior, la había mandado con doña Juana expresamente para casarla en Granada, hacia la cual atraían a Zelaya sus indudables vínculos de su alta clase social.

CARLOS CUADRA PASOS

Joaquín siguió su noviazgo con circunspección, y desde muy temprano adquirió influencias no políticas en su suegro. La novia sencillamente fue penetrando en el afecto de toda la familia, a pesar de las intransigencias de nuestra política.

Por de pronto estos son los comentarios del Cabo Suelto inicial en mi memoria respecto de la posición en la familia Pasos de la bella Juanita, a quien llegué a querer como a una de mis cuñadas.

EULOGIO CUADRA, NOMBRADO GERENTE DEL BANCO NACIONAL DE HONDURAS

Eulogio cultivó buena amistad con Tomás Regalado, en París; fueron los dos compañeros en el Barrio Latino. Cuando Eulogio llegó a El Salvador emigrado político, era Presidente de la República el General Tomás Regalado, y trató a Eulogio como a un viejo amigo. Las relaciones del Presidente Regalado con el Presidente Zelaya de Nicaragua, andaban mal, muy tirantes, a punto de romperse. Un día de tantos el Presidente Regalado llamó a Eulogio a su Palacio, y le preguntó si tenían los conservadores elemento humano suficiente para invadir Nicaragua en guerra contra Zelaya, porque él podría darles un buen armamento para la operación. Eulogio después de consultar con los jefes militares de la emigración conservadora contestó a Regalado que sí, que podían levantar tropas suficientes. Regalado, cumpliendo su ofrecimiento, despachó a Eulogio para Tegucigalpa con una carta para el Presidente de Honduras General Manuel Bonilla, en que le pedía que entregara a Eulogio todo el armamento que le había dado para conquistar la Presidencia de Honduras.

Por esos mismos días el General Regalado había tenido un disgusto con don Enrique Guzmán, quien resolvió trasladarse a Guatemala. Esto no convenía al Presidente Regalado, y le prohibió a don Enrique salir de El Salvador; y dió órdenes terminantes a todas las puertas de salida para Guatemala o para Honduras de que no dejaran pasar a don Enrique. Era cosa seria una orden de esa naturaleza en el régimen militar y severo que prevalecía en El Salvador.

Eulogio para su viaje a Honduras, que debía ser por tierra para no despertar sospecha, le pidió prestadas a don Enrique unas alforjas grandes de baqueta que tenían en uno

de sus lados la marca, Enrique Guzmán. Llegó Eulogio a la frontera de Honduras y mostró su pasaporte al Comandante, pero cuando éste vió la marca de las alforjas, le dijo a Eulogio: Siento mucho don Enrique, pero usted no pasa adelante. Le dió mil explicaciones Eulogio, pero no le valieron; porque la orden contra la salida de don Enrique era muy severa, y de Comandante en Comandante, Eulogio convertido en don Enrique Guzmán llegó hasta el Palacio del Presidente Regalado. Cuando Eulogio contó a éste lo que le había sucedido Regalado soltó la carcajada, y Eulogio que estaba endemoniado con el suceso, tuvo sin embargo que reirse también.

Volvió a emprender el viaje Eulogio para Tegucigalpa, acompañado hasta la frontera de Honduras por un ayudante hasta colocarlo en territorio hondureño. El General Manuel Bonilla, que también no era amigo del Gobierno de Zelaya, se allanó gustoso a la entrega del armamento. Pero de repente principiaron a dar largas a la entrega, era un vuelva usted mañana, de los deudores tramposos.

Era Secretario Privado del General Manuel Bonilla, con gran valimiento, don Francisco Cáceres, que había vivido largos años en Nicaragua, primero de oficial de la Secretaría Privada de don Vicente Quadra, y después de administrador de El Diario Nicaragüense, el periódico de don Anselmo Rivas, que era fama que don Francisco había hecho progresar económicamente

Un día don Francisco Cáceres invitó a Eulogio a almorzar con él en su casa, y le dijo muy privadamente que no pensara más en el asunto de las armas, porque el Presidente Regalado se había arreglado ya con el Presidente Zelaya, y le había girado contraorden a don Manuel Bonilla, suplicándole que entretuviera a Eulogio para disminuirle la pena de su fracaso.

Don Francisco Cáceres era al mismo tiempo accionista y miembro de la Junta Directiva del Banco Nacional de Hondu-

ras, que era filial del poderoso Banco de Londres Mr. Campbell, Gerente del Banco Nacional de Honduras, notificó a la Directiva que lo habían llamado de la Central de Londres para dentro de tres meses y que estaba pensando a quién podría poner en su lugar como Gerente Provisional. Don Francisco dijo: Aquí hay un joven de Nicaragua que ha manejado una casa bien rica y de muchos negocios en su tierra. ¿Por qué no lo llamamos y ensayamos a ver si puede ser el Gerente? Mr. Campbell aceptó e inmediatamente fue llamado Eulogio quien les explicó, que era cierto que él había actuado en los negocios de la casa Virginia de Quadra e hijos, poderosa en Nicaragua, pero que no estaba seguro de su competencia para ser Gerente Provisional. Mr. Campbell le propuso que llegara diariamente, sin goce de sueldo, a trabajar con él en su escritorio y que él con entera franqueza le diría si lo veía ya con las condiciones necesarias para la gerencia. Eulogio aceptó inmediatamente ser aprendiz y puso toda su atención en adquirir las aptitudes necesarias. Mr. Campbell lo declaró apto y fue nombrado Gerente del Banco Nacional de Honduras mientras duraba la ausencia de Mr. Campbell.

Por buena suerte de Eulogio el Banco de Londres llamaba a Campbell para ascenderlo en un puesto en la Directiva del Banco Central, y Eulogio fue confirmado Gerente en Propiedad del Banco Nacional de Honduras, a cuyo frente permaneció por ocho años, y del cual renunció para venir a participar en las amarguras de la política nicaragüense.

Siempre nos han favorecido antecedentes sembrados por nuestros antepasados; lo que prueba que la familia, como principio de la sociedad, tiene una fuerza unitiva incontrastable. Don Francisco Cáceres le explicaba a Eulogio la causa por la cual él había mostrado tanto interés por su persona. Es original y merece soltarla en estos Cabos Suelto.

Don Francisco Cáceres vino a Nicaragua como emigrado político, trayendo recomendaciones valiosas para los Rivas, don Anselmo y don Ascensión Paz. Este último era Secretario Privado de don Vicente Quadra, y empleó a don Francisco como escribiente ocupado en los asuntos íntimos de la política. Un día se divulgó un documento privadísimo y por ciertas señas falsas le atribuyeron a don Francisco la infidencia y fue despedido ignominiosamente. Don Francisco se trasladó a León y vivía de un ruin empleo en la diligencia de León a Managua. Unos tres meses después, el Prefecto don Pedro Argüello citó a don Francisco y le dijo: Tengo orden de despachar a usted donde el señor Presidente de la República. Don Francisco tembló creyendo que probablemente lo pondrían preso. Llegó donde don Vicente, y su sorpresa empezó cuando don Vicente se puso de pie y le tendió la mano amistosamente. Dijo el Presidente de la República sobre la divulgación del documento de marras: "Hoy tenemos plena prueba de que fue otra persona la infidente, y que usted, inocente, fue ultrajado; por lo tanto le debo hondamente una reparación. Por de pronto será restituido a su puesto en situación mejorada y estoy listo a darle las reparaciones que usted crea necesarias para su honor". Decía don Francisco, que a él, acostumbrado a los mandos arbitrarios de los gobiernos centroamericanos, le parecía una ilusión lo que le estaba sucediendo en ese momento.

Don Francisco continuó en el ejercicio de su puesto en el escritorio de don Vicente como un empleado de la mayor confianza hasta que éste terminó su período presidencial. Entonces se trasladó a Granada y siempre protegido por los Rivas, don Anselmo lo nombró administrador del Diario Nicaragüense. Era don Francisco un agudo humorista, y una vez que le pregunté yo cómo había sido el método de su administración del periódico que dió tan felices resultados, me contestó: Yo no administré al Diario Nicaragüense, adminis-

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

tré a don Anselmo Rivas que era más productivo que el Diario.

Intima y larga fue la amistad de Eulogio con don Francisco, que al morir lo nombró albacea general de su herencia. En paz descanse Chico Cáceres, como le decían en Nicaragua, hombre justo, recto y agradecido.

CASAMIENTO DE EULOGIO, POR PODER

Asegurado en su posición, mi hermano Eulogio pensó en formar hogar profundizando sus raíces en Honduras. Tenía compromiso con la señorita Octavita Arévalo y las dos familias en Granada procedieron a realizar la boda. Con el poder de Eulogio, mi hermano Pablo Antonio, le representó en el acto civil y en el acto religioso. Lo extraño de la ceremonia despertó curiosidad. Joaquín Pasos consiguió con el General Zelaya pasaporte para la Octavita y para mí como compañero para llevársela a Eulogio a Amapala.

El día siguiente de la boda nos fuimos para Corinto a tomar el vapor para Amapala, Octavita y yo. Llegamos a Corinto, compramos los pasajes. Yo me hospedé en el Hotel Lupone, y a Octavita la llevaron a su casa la familia Palazio. Para desgracia ese día salió de Corinto, en dos vapores, la expedición ofensiva que enviaba Zelaya contra el gobierno de El Salvador, como acto de su política interventora de Centro América. Dos vapores con tropas formaban la expedición, que mientras se realizaba necesitaba sigilo.

Se presentó en el Hotel un oficial y me dijo: Doctor Cuadra Pasos, sígame de orden del Comandante de Corinto. Era éste el Coronel César Medina. Llegué donde él y cortésmente me dió la mano. Hubo en el apretón algo especial, porque el Coronel me preguntó: Somos hermanos masones, doctor? Le contesté: No señor, yo soy católico apostólico y romano. Me dijo el Coronel Medina, va usted a guardar prisión, y de orden superior será trasladado a Managua mañana. Su prisión no será en la cárcel común, usted permanecerá en su pieza del Hotel Lupone con la custodia permanente que le será puesta. Me fuí al Hotel ya custodiado por un oficial y un soldado armado de fusil.

Aquello fue lamentable para Octavita. Pero don Sebastián Salinas, cumplido caballero, que había sido moderado Jefe Político de Granada, se ofreció para acompañar a Octavita hasta Amapala, para donde iba él nombrado Ministro de Honduras. En ese puerto la recibió Eulogio ansiosamente enamorado.

Yo permanecí la tarde y la noche con mis vigilantes en el Hotel, debo confesar que fueron siempre corteses conmigo. Creía que iba para la penitenciaría pero en el tren pasamos directamente para Granada. Mis custodios en la estación me dijeron que iba para mi casa y allí el oficial me declaró que estaba en libertad; pero me amonestó que si divulgaba lo sucedido sería tratado con sumo rigor.

En la planta alta de la casa del Banco de Honduras, hermoso edificio, instaló en feliz luna de miel su hogar Eulogio, que fue acogido con afecto por la sociedad de Tegucigalpa.

PAULINO VALLADARES, SE VA A LA GUERRA

Paulino me contó que el Presidente Zelaya había dado instrucciones a la emigración hondureña, opositora del régimen del General Manuel Bonilla, para organizarse, y estar lista porque había resuelto marchar contra el Gobierno de Bonilla, en franco acto de intervención, tal como acostumbraba su imperialismo centroamericano.

Con ese respaldo poderoso estaban en Granada, bajo el mando del General Oqueli Bustillos, organizándose, una fuerza de caballería que iría directo a la frontera, recogiendo las compañías que se organizaban, y el apoyo de un potente ejército nicaragüense. Me dijo Paulino que él necesitaba que yo le diera la bestia para tal jornada, y me presté a ello con la buena voluntad de mi gran afecto por Paulino.

Mi hermano Ramón me cedió una de sus mulas de trabajo, animal de calidad, fino de paso, y resistente para cualquier camino por largo y escarpado que fuera. Aperamos la mula con mi montura de uso diario, que era un buen galápagu inglés al cual se le colgaban a cada lado, sendas bolsas de alforjas suficientes para un viajero militar. Todo le dí: mis cueras, mis espuelas; me quedé francamente de montar en pelo.

Oqueli Bustillos compró una magnífica mula que había pertenecido al General Sierra, y que le vendieron los Argüellos. Saldría la expedición de unos sesenta infantes montados, en la madrugada. Me levanté para entregar su mula a Paulino y también para decirle adiós.

Antes de montar me dijo Paulino que creía que antes de un mes estarían instalados en el Gobierno de Honduras, y que allá me esperaba, para que pasara una emigración de buena asistencia, al lado de mi hermano Eulogio, Gerente del Banco Nacional de Honduras.

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

Repliqué a Paulino: "Si ustedes salen derrotados, no pierda la dirección. Como consecuencia vendrá la caída del régimen de Zelaya y yo perteneceré al Partido del Gobierno. Usted sabe bien que mi casa es su casa en toda regla y extensión".

Nos abrazamos. No era mal jinete Paulino. Me despedí del General Oqueli Bustillos y los ví alejarse, con el entusiasmo y la alegría con que opera siempre el emigrado centroamericano para la conquista del poder.

Fue próspera la expedición de las huestes en que militaba Paulino, derrotaron a Manuel Bonilla, derribaron su gobierno. Eulogio y su esposa por precauciones naturales se retiraron a El Salvador para esperar que pasara la efervescencia de la primera organización del nuevo régimen, y además de que se retiraran las fuerzas nicaragüenses, a las cuales naturalmente temía Eulogio.

Paulino, por su talento, ocupó altos destinos. Inmediatamente organizó un periódico con el nombre de "El Cronista". Y para ayudarle en esta empresa me mandó insinuar que procurara, corridos unos días, trasladarme a Tegucigalpa.

Desde ese momento, tal fue la inquietud de mi espíritu.

GRAVEDAD DE CARMELA CHAMORRO DE CUADRA

Con motivo de la muerte de doña Virginia Pasos de Quadra, vino de El Salvador Carmela Chamorro de Cuadra, que era su nuera y la quería como si fuera su madre. Carmela padecía de diabetes, y por las impresiones que sufrió le estalló en un antrax en la espalda que la puso en trance de muerte.

Fue para nosotros los Cuadras Pasos un conflicto con respecto a Pedro Rafael Cuadra, su marido. Si venía al país caía en las garras del dictador Zelaya que era especialmente prevenido en contra de él. No podía dejar de venir si su esposa moría. Por dicha y el esfuerzo de una junta de médicos, logró levantarse, y todavía en convalecencia resolvió regresar a El Salvador al lado de su marido. Joaquín Pasos consiguió pasaporte para ella y para mí que debía acompañarla. Arreglamos los pasajes de tal suerte que nos fuera posible ir directos a embarcarnos, por temor de que nuestra permanencia en Corinto, por cualquiera inesperada circunstancia, pudiera comprometer el viaje como sucedió con el de Octavita Arévalo de Cuadra.

Cuando nos despedíamos de Granada, llegó mi hermano Pablo Antonio, que notoriamente muy enfermo había salido de la penitenciaría, me dió unos giros por mil dólares, y me dijo: "Te he reunido esa cantidad para que procediendo con prudente economía puedas vivir decentemente en tu emigración". Luego vivamente emocionado, me abrazó y me besó. Yo también sentí que las lágrimas venían a mis ojos; no volví a ver a Pablo que murió en mi ausencia.

El vapor salía a las dos de la tarde. Carmela y yo estábamos ya instalados como pasajeros, cuando empezó el barco a los movimientos de partida. Mientras levaba anclas estaba recostado en la baranda y a mi lado un joven sacer-

dote español. Había un sol tórrido, y sobre el muelle venía corriendo un norteamericano, pasajero que se había entretenido en Corinto y temía perder su pasaje. El yanque era rubicundo, de pelo rojo, y venía con el sombrero en la mano; en sentido contrario marchaba un peón carguero del muelle llevando una caja de kerosine en el hombro, y cuando se acercaba el americano, le gritó: "No se me acerque, que me le pega fuego!" El sacerdote soltó una carcajada y me dijo: "Este es un pueblo andaluz. Lo está confirmando ese repente tan agudo!". Aquí principiaron mis relaciones con este sacerdote, insigne orador, que se estrecharon más tarde. Me contó que él había recorrido toda la América Latina y que solo en Bogotá, capital de Colombia, había observado también la sal andaluza.

Me refirió que una bella mujer había enviudado de un señor muy rico, que hizo muchos alardes del dolor de su viudez y trajo de Italia un soberbio mausoleo de mármol que tenía escrito como único epitafio en letras negras, la palabra: "Espérame". El dos de Noviembre día de Difuntos, él recorría el Cementerio de Bogotá rezando responsos, y lo llevaron al mausoleo famoso. Observó que todos los que se arrimaban a escuchar el responso se reían. Preguntó la causa y le enseñaron el epitafio "Espérame", con un agregado escrito en carbón que decía: "Que llegaré acompañada". La viuda, había vuelto a casarse.

Nos acompañaba también una pasajera muy original. Se llamaba Andrea, era bastante vieja, llevaba su pasaporte en forma, y además el ofrecimiento de Carmela de hospedarla en su casa. En su camarote me llamó una noche para hacerme una consulta. Ella no conocía antes las bujías eléctricas y me dijo: "Doctorcito, cómo son estas lámparas?, que cuando quiero bajarle la mecha se apaga, y no me gusta dormir con tanta luz, ni tampoco oscuro". La llevaba a El Salvador el tratar de salvar a un hijo que había participado en la aven-

tura de Acajutla, quedó herido, y después lo habían condenado a presidio por el delito de piratería.

Llegamos a Acajutla el día siguiente. Junto con el oficial de Aduana que iba a recibir el vapor, llegaron Pedro Rafael Cuadra, el esposo y Pedro Joaquín, el hijo de Carmela. El mar estaba muy bravo, y el puerto de Acajutla no prestaba seguridades para el atraque. El vapor tuvo que buscar su seguridad corriendo en alta mar la tempestad. Los dos Pedros durmieron a bordo y hasta el día siguiente al medio día nos fue posible desembarcar.

Llegamos a San Salvador; en una misma manzana de la ciudad, estaban cómodamente instalados varios emigrados nicaragüenses. La casa de Carmela era amplia y decente. Enfrente vivía la familia de don Victorino Argüello, y corrida sobre la acera de la casa de Carmela estaba la habitación de don Enrique Guzmán, que vivía en ella acompañado de su hijo Enrique. Por una feliz coyuntura, contiguo a la casa de don Victorino y frente a la de Pedro Rafael se alquilaba una casita de dos pequeñas piezas, con su patio y con todo su servicio. La alquilé amueblada. Adán Cuadra, mi sobrino, que era aprovechado estudiante de medicina y que vivía en la casa de Pedro Rafael, se fue a vivir conmigo.

Muy pronto pude relacionarme, ayudado principalmente por Salvador Calderón Ramírez, y algo por Ramón Mayorga Rivas. Apenas había corrido un mes de mi emigración, y ya formaba parte de las tertulias que solían hacerse en el Parque Bolívar. Recuerdo que una vez estábamos en ella cuando pasó la señorita Rita Rodríguez, bella y elegante mujer, más tarde casada con un nicaragüense. Uno de los salvadoreños me dijo: "Mire, doctor Cuadra Pasos, qué mujer más linda la que viene; y entonces el doctor y magistrado Ricardo Moreira, padre del novio de Ernestina Argüello que había vivido un tiempo en Nicaragua, les dijo: "No crean que se admira Cuadra Pasos; en Granada, su ciudad, por las tar-

des sentadas en las esquinas, hay racimos de muchachas hermosísimas, es la tierra del encanto".

Pero quiero liquidar a la Andrea, en su difícil misión. Era Presidente de El Salvador en ese tiempo el General Figueroa, que tenía fama de ser recio de condición y por ello le llamaban Barbas Agrías. La señorita María Argüello hija de don Victorino, tenía muy buena amistad con una hija de Figueroa; y por ese conducto le consiguió la audiencia a la Andrea y la acompañó en la visita.

Figueroa había celebrado recientemente una entrevista con el Presidente Zelaya en Amapala. Cuando la Andrea le presentó su solicitud de indulto para su hijo, le contestó de primas a primeras: "Es difícil su caso, porque éste es un pirata y está bien condenado". La Andrea, le dijo: "Señor Presidente, usted está haciendo la de los perros, que muerden el palo que les tiran, y no al que se los tira. Viene usted de abrazarse con el hombre de Nicaragua y tiene trabajando como presidario en las calles a mi hijo, palo que le tiraron".

Todos esperaron una explosión hostil de Barbas Agrías, pero éste se quedó como un minuto meditando y le dijo a Andrea: —"En fin usted es madre, se va a llevar a su hijo, pero la condición que impongo debe ser que se vaya en el primer vapor y no hablar antes con nadie en El Salvador". Aceptó la flamante diplomática, y su compañera llegó admirada relatándonos su triunfo. Cumplió al pie de la letra la madre, pero me parece que el hijo no cobró experiencia.

Lo más sensacional que encontré entre los emigrados fue la acción del doctor Madriz, que se había venido amistosamente para donde Zelaya, comprendiendo sin duda que el dictador estaba liquidándose. Algunos emigrados comprendían toda la inteligente intención del movimiento de Madriz, pero otros, y con especialidad sus más íntimos, se resentían hondamente del atrevido paso.

ACTIVIDADES DEL DOCTOR MADRIZ

El Presidente Zelaya cegado por su política de mantener su hegemonía en Centro América, no percibió con claridad el cambio sustancial sufrido por el Continente, en virtud del triunfo de los Estados Unidos en la guerra contra Europa.

Reunidos en París Plenipotenciarios de los Estados Unidos y de España, asistidos con representaciones de otras potencias, el tratado que celebraron fue de trascendencia panamericana. Los Estados Unidos adquirieron en ese Tratado, obligaciones serias en el Pacífico. Había sido complicada la situación por la guerra entre Japón y China, en que triunfante el Japón, impuso una política cerrada a la penetración europea. Los Estados Unidos adquirirían el deber de mantener, por el contrario, puerta abierta para el comercio europeo, tanto en China como en el Japón.

Al mismo tiempo debían mantenerse alerta en el mar Caribe, que ellos nominaban "mare nostrum", y en el cual los obligaba a la defensa la doctrina de Monroe.

Los Estados Unidos para cumplir con los graves deberes en el Pacífico tomaron posesión plena de las islas Filipinas, y de la isla Hawaii, como bases de operaciones en el Océano Pacífico. En el Atlántico, establecieron un protectorado rígi-go en Cuba, y formalmente absorbieron a Puerto Rico como colonia.

Esta complicada geopolítica les impuso a los Estados Unidos la necesidad de construir un canal entre los dos océanos, porque si no tendrían que afrontar permanentemente el enorme gasto de dos grandes unidades de guerra, una en el Pacífico y otra en el Atlántico.

En virtud de esa nueva posición de adalides de lo que pudiéramos llamar la civilización occidental en sus impor-

tantes relaciones con el Asia, lograron los Estados Unidos modificar los Tratados con Inglaterra, hasta llegar a uno que les permitía construir el canal, y al mismo tiempo armarlo y defenderlo militarmente.

Por la muerte del Presidente McKinley, asesinado, llegó al poder Teodoro Roosevelt, su Vicepresidente, que era de carácter imponente, inquieto, agresivo, es decir parecido al Presidente Zelaya. "Profesor de energía", le llamó Rubén Darío.

En el juego territorial del canal, se lo disputaban Nicaragua y Panamá; por circunstancias, algunas de ellas cómicas, que ya he relatado en otra ocasión en REVISTA CONSERVADORA, fue preferido Panamá.

Pero localizado en Panamá el canal no se calmó el interés de Roosevelt sobre todo Centro América y con especialidad sobre Nicaragua, que formaban la cintura del Continente, atractiva para las potencias europeas.

Roosevelt ejerció presión recia sobre el Presidente Zelaya, hasta obligarlo a concurrir a las Conferencias Centroamericanas de Washington, que organizó para dictar en Tratados una super-constitución de todo Centro América.

Entre los delegados de Nicaragua fue a Washington el doctor José Madriz, y con habilidad logró que se consignara como una obligación internacional, el principio democrático que prohíbe la reelección del Presidente de la República.

Además, se estableció la severa doctrina de Tobar, que significa la intervención consagrada para imponer el orden y los compromisos adquiridos a los países suscriptores.

Parecía que el dictador nicaragüense, con todas sus arrogancias quedaba sin embargo con las manos atadas. Los emigrados nicaragüenses opositores de su régimen, siempre ilusos, esperaban que al terminar el período constitucional del Presidente Zelaya, que estaba próximo a expirar tendríamos en Nicaragua elecciones Presidenciales. Nos reuníamos ilusionados para estudiar el caso y resolver la forma y la intensidad de la participación del Partido Conservador en estas elecciones.

Estábamos de acuerdo en que no podíamos formar masas compactas, porque habíamos vivido en el período de la conspiración, que equivale al de las catacumbas, donde todo se ejecuta con sigilo, con misterio, dicho del uno al otro en el oído, y eso naturalmente entume para el ejercicio de la democracia. Por esa razón resolvimos que el Partido no debiera ir con candidato propio sino apoyar un candidato liberal, con lo cual dividiríamos al Partido Zelayista y actuaríamos con mayor soltura.

Resuelto ese sistema, la opinión se dividió entre dos candidatos; unos que sostenían que el más aparente era el mismo doctor José Madriz; que animaría a entrar en lucha al pueblo de León; otros sosteníamos que el mejor era el doctor Manuel Coronel Matus, más enérgico que el doctor Madriz, con indudable prestigio en toda la República, y que más fácilmente despertaría a la masa conservadora que le conocía más que a Madriz.

Fuí yo el proponente de la candidatura del doctor Manuel Coronel Matus y le hice activa propaganda, hasta lograr reunir un grupo regular de emigrados que lo preferían al doctor José Madriz.

Pero todas estas ilusiones fueron barridas por el viento. El General Figueroa, Presidente de El Salvador, había resuel-

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

to apoyar eficazmente al gobierno de Manuel Bonilla, para detener los avances interventores e imperialistas del Presidente Zelaya. Levantó un ejército bien equipado y armado de tres mil hombres, y al mando del General Presa, los envió a Honduras para sumarse a los ejércitos hondureños, que parecían haber obtenido buen éxito al mando del General Paz Barahona.

LA BATALLA DE NAMASIGÜE

Este ruidoso acontecimiento militar puede considerarse como un mojón que indica en la historia de Centro América una línea, que separa dos épocas bien definidas en la política centroamericana.

Esa línea tiene varias facetas que la hicieron trascendental y que por lo tanto merecen ser observadas y comentadas. Principiemos por sentar que indudablemente fue un triunfo militar rotundo y hermoso del ejército nicaragüense y por tanto del dictador José Santos Zelaya.

Sin embargo, y aquí principian las contradicciones de sus elementos, estaba destinada a ser el signo del fin del imperialismo mismo de Zelaya en Centro América, y a la larga de su dictadura en Nicaragua.

Examinemos la batalla en sus cifras militares. Consistió en el ataque de un ejército combinado de El Salvador y de Honduras, el doble en número del ejército nicaragüense que se le enfrentó. Su jefe el General Presa tenía plena seguridad de la victoria, e hizo alardes públicos de que a chilillazos derrotaría a los nicaragüenses. Sus pronósticos despreciativos para el ejército de Nicaragua, que es un elemento nacional, no dejaron de resentir a la emigración nicaragüense, que parecía identificada con los atacantes.

La primera mitad del día de la batalla pareció en realidad que la victoria aplastante sería para el salvadoreño. Información continua le llegaba a la Casa Presidencial al dictador Zelaya, enviada desde el campamento. Más tarde, cuando ésto era fría historia, me contó Joaquín Pasos, que el General José Santos Zelaya conservó inalterable su serenidad ante las alternativas adversas del combate, y que en cambio don José Dolores Gámez, fue presa de una nerviosidad

que le salía al semblante pálido, de hombre afligido. Que a la hora de almuerzo don José Dolores Gámez hizo impulso de irse a su casa, y que entonces el Presidente Zelaya le ordenó: "Don José Dolores, usted va a almorzar conmigo, usted no sale de la Casa Presidencial, porque si los opositores le ven, seguramente se animarían a asaltarnos y a sublevarse en la capital". Don José Dolores quedó recluido bajo la influencia de la tranquilidad del jefe, acostumbrado a correr peligros semejantes y a dominar situaciones que parecían perdidas.

Parece que en el campamento nicaragüense había tres flamantes ametralladoras con sus servicios bien ensayados en el manejo, pero que los jefes atolondrados se habían olvidado de ellas. Me contaba el doctor Rodolfo Espinosa que estaba de cirujano del ejército nicaragüense en Namasi-güe, que él, hombre civil, fue el que indicó a los generales que era hora que funcionaran las ametralladoras. Estas bien manejadas salieron al frente. Y en el próximo ataque furioso de los salvadoreños, los barrieron con sus ráfagas mortales; tres veces hicieron impulso de tomar la posición y las tres sufrieron tantas bajas, que por fin, sin poderlos contener Presa, ni sus oficiales, los ejércitos salvadoreños y hondureños se desbandaron. La victoria fue completa y el dictador Zelaya la tomó, la proclamó, y sus trovadores la cantaron como la definitiva hegemonía del Presidente Zelaya en el istmo Centroamericano.

Efectos psicológicos muy complicados produjo esa victoria del ejército nicaragüense en la emigración conservadora. Se sentía anonadada en cuanto a posibilidades de derribar del Poder al dictador Zelaya. Pero al mismo tiempo florecía en sus almas cierto orgullo patriótico, por el valor del soldado nicaragüense, por la victoria del ejército, por la sacudida dada a la insolencia de Presa. Me contaba más tarde Agustín Bolaños Chamorro, que un grupo de oficiales emi-

grados entre los cuales figuraba él, vieron llegar a su campamento al doctor Toribio Tijerino, cirujano en activo del ejército derrotado. Y que cuando creyeron que el doctor Tijerino debía estar abatido y triste, parándose sobre los estribos les gritó: "Hemos triunfado, le hemos dado una gran pela al ejército salvadoreño", y gritó, "¡Viva Nicaragua!" Agustín me decía, nos quedamos flotando entre tristes y alegres, porque la verdad que todos, por el lado de nuestra oposición a Zelaya nos sentíamos derrotados, pero triunfantes en el orden nacionalista.

En cambio en el vencedor Partido Liberal, se produjeron las mismas impresiones pero con efectos diferentes. La quietud casi mortal en que entramos los opositores conservadores, que teníamos los brazos caídos, y que nuestro pueblo expresaba diciendo que "hasta Dios se había vuelto zelayista", ellos sin temor inmediato al partido contrario, comprendieron que los Estados Unidos no consentirían más el imperialismo de Zelaya, y que si no lo botaban ellos, para salvar al Partido, usarían indudablemente como instrumento a los conservadores, despertándoles de su abatido estado actual.

Principiaron a activarse las conspiraciones liberales. El mismo don José Dolores Gámez entró en ellas. El dictador engreído no percibió tales conspiraciones, hasta que habían tomado un volumen y un coraje indomitable. Ya lo veremos en otro Cabo Suelto de mi Memoria.

En Honduras, venciendo contradicciones de caudillos y generales, se arreglaron por fin y subió a la Presidencia el General don Miguel Dávila, apreciable sujeto, hombre moderado, y Paulino Valladares fue su Secretario Privado, con grande influencia, obtenida naturalmente por su talento.

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

Ya estaba casado Paulino con su antigua novia Carlota, hija del alemán Estrebers. Tenía su casa bien montada, y gozaba de la frescura de la fortuna de su suegro, que le disipaban preocupaciones económicas.

Eulogio y Octavita, pasaron de San Salvador a Tegucigalpa, para ponerse al frente del Banco Nacional, como Gerente, muy firme por estar sostenido por el Banco Central de Londres, y por gozar de consideraciones sociales, y también las del Presidente Dávila.

Permanecí algunos meses más en San Salvador, pero recibí continuas insinuaciones de Paulino para trasladarme a Tegucigalpa. Desde San Salvador divisé todas estas cosas y facetas complicadas de la batalla de Namasigüe. Tengo algo que contar de esos meses y le consagraré capítulo aparte.

NUESTRA VIDA POLITICA Y SOCIAL EN SAN SALVADOR

Al terminar el año de 1907, en fecha de tristísimo recuerdo, 20 de Noviembre, fue nuestra familia conmovida por la muerte de Pablo Antonio Cuadra Pasos, joven de cuarenta y cuatro años, que sin embargo ocupaba una posición prominente, de jefatura en lo político, de grande influencia en lo social, y aún en lo económico, a pesar de la ruina de la fortuna de la familia Cuadra.

En la última carta que recibí de él, me contaba que el doctor Rosendo Chamorro se lo había llevado a su hacienda Las Rosas, para ver si el cambio de clima ayudaba a que recuperara la salud, pero el doctor se inclinó a diagnosticar, pús amébico en el hígado, la enfermedad fantasma, la llamó Pablo, porque era la misma de que había muerto nuestro padre.

La tristeza en toda la familia de emigrados fue intensa, y la mayor la mía, que muchos beneficios había recibido de su fraternal asistencia. Sometido a una operación quirúrgica, no encontró la salvación, y se precipitó su muerte. En la mucha correspondencia que recibimos de Granada nos hablaban de la consternación general que había producido la muerte de Pablo. Su posición como dirigente en la política, a la cual aplicaba siempre la prudencia y la alteza de miras, exaltaba el valor de su pérdida.

En la misa de réquiem del séptimo día se pronunció la devoción de Granada llenándose las tres naves de la iglesia de La Merced. Era entonces permitido en esas misas de buenos católicos, ocupar el púlpito para exaltar sus virtudes. Desde el púlpito don Diego Manuel Chamorro dijo cosas sentimentales que conmovieron a la concurrencia, donde no fueron escasas las lágrimas. De ese discurso elocuente y valeroso quiero copiar unos párrafos que delínean la figura del difunto:

“En el encapotado cielo de la patria hemos visto destacarse días para nosotros de amarga pesadumbre, fechas funestas que difícilmente se apartarán de nuestra memoria; pero por punzantes y crueles que sean esos recuerdos, qué significan, señores, ante la inmensidad de está catástrofe que nos priva del renombrado compatriota que hace apenas siete días hemos conducido, en medio de la consternación general, a su última morada! Para aquellas desgracias cabe la reparación o el olvido; pero cómo volver a la vida al noble y generoso amigo, digno vástago de ilustre prosapia, que a la genial afabilidad de su carácter, a su proverbial modestia, a su recto y reposado juicio, a su elevado patriotismo, unía una alma bellísima, diáfana, en la que nunca se anidó el odio, ni el rencor, ni tuvo cabida ninguna pasión ruin?

“No ignoráis la suerte adversa que ha pesado sobre esta sociedad en los últimos catorce años”.

“Pablo Cuadra, por tradición de familia, y por propios sentimientos de su alma, bebió desde sus primeros años sus principios políticos en las más puras fuentes del patriotismo, y cuando sonó la hora de la adversidad, fiel a los principios de toda su vida, se abrazó, como todos los miembros de su familia, y con todo el ardor de las almas intrépidas, a la cruz del conservatismo.

“Vosotros sabéis lo que esto significa y qué grandeza de alma, qué idea del deber y del sacrificio, qué olvido de sí mismo se necesita para aceptar este doloroso calvario. No todos han resistido a la prueba: muchos habrían deseado sin duda, permanecer en las filas, pero les ha faltado la constancia, la abnegación y el valor de que sólo son capaces aquellas almas privilegiadas que, como la de Pablo Cuadra, han sentido los nobles anhelos de patria, de justicia y de libertad y a esos hermosos ideales han sacrificado reposo, fortuna, familia y hasta su propia existencia . . . ”

Por este duelo, de que hablaron los periódicos, fue posible graduar las buenas reacciones sociales que la familia de Pedro Rafael había conquistado en San Salvador. La familia del doctor Llerena, médico eminente guatemalteco, emigrado como nosotros, estuvo presente constantemente en la casa. Ligada con la familia Llerena estaba la distinguida familia Castro Ramírez, porque el médico Rafael Castro Ramírez era casado con María Llerena; don Carlos Dueñas de Santa Tecla, rico cafetalero, en fin, no estuvimos en la soledad en ésta hora de duelo. Aun hoy mismo vibra de simpatía mi corazón al recuerdo de esas manifestaciones de la sociedad de San Salvador!

Cada día se estrechaban más mis relaciones con el ilustrado sacerdote andaluz con quien viajé en el vapor que me trajo a Acajutla. Se volvió él también íntimo de la casa de Pedro Rafael. Era de la Orden de Predicadores, y verdaderamente orador de primera, razonaba elegantemente y conmovía al auditorio.

Principió a dictar unas conferencias temprano de la tarde en la Catedral de San Salvador, sobre puntos sociales, y algunas veces derivaba hacia lo político, siempre volando en la altura. Se hicieron famosas las conferencias y se llenaba la nave, donde él predicaba, de un auditorio selecto.

Unos estudiantes radicales se enojaron por la tesis que propuso y sostuvo de que el Liberalismo era pecado, y para molestar, desde la Universidad por un juego de poderosos espejos, ponían el sol cegador en los ojos del Padre. Pero éste no se acobardó ni se entumió, elevó el tema a los males que a la Religión habían hecho el Liberalismo y el Romanticismo.

Todas las tardes concurríamos un grupo no menor de veinte emigrados nicaragüenses a escuchar al Padre. Una tarde, después del sermón hicimos tertulia los nicaragüenses

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

en un lugar del parque. Venía el sacerdote y un grupo de estudiantes quiso amedrentarlo haciendo como que iba a maltratarlo. El predicador se les enfrentó resueltamente. Nosotros nos pusimos de pie. Sin duda el Dominico se sintió resguardado y les dijo a los estudiantes con voz enérgica: "Aquí estoy frente a ustedes, sin temerles, uno por uno, si fueren caballeros, o todos juntos si son jayanes".

Los estudiantes viendo la actitud de nosotros y demás público que se agrupaba, dieron vuelta y se retiraron. El Predicador nos saludó con gallardía y con paso sereno se alejó elegante en su actitud.

EL COMPROMISO DE MARIA ARGÜELLO

En el primer año de éste siglo se casó en Masaya, mi primo Manuel Antonio Cuadra, con la señorita Josefa Vega Fornos, distinguida por familia, por su inteligencia y por su belleza. Fuí nombrado primer padrino de la boda, y cuando llegué al templo me encontré que tenía por compañera a una hermosa joven de quince o dieciséis años de edad, Ernestina Argüello, la hija mayor del doctor Victorino Argüello, que había ejercido su profesión de médico en Masaya. La novia y la madrina estaban emparentadas por el linaje Fornos.

Me sentí ufano con mi compañera, porque además de su belleza, era gentil de trato y derramaba simpatías . . . La acompañaba una hermanita de doce años de nombre María, primor de criatura, por las líneas perfectas de su fisonomía prometía al desarrollarse una lindura clásica. ¿Estará bien empleada la palabra?

Don Victorino Argüello era prestigiado entre los conservadores por el gesto de valor y energía que había tenido, junto con don Salvador Cardenal, al venirse a Managua a rodear al General Joaquín Zavala de quien eran los dos partidarios inmediatos, cuando se levantó León en la revolución del 11 de Julio de 1893.

Después, por años, perdí de vista a don Victorino y a la maravilla de sus hermosas hijas. Cuando llegué a San Salvador me encontré que don Victorino y su familia formaban una sola con Pedro Rafael Cuadra y los suyos.

Entre los jóvenes salvadoreños blasonaba de la belleza de mis compatriotas y aún atrevía a dar a creer, como decimos en Granada, que así florecían los jardines de Nicaragua.

A María Argüello la habían proclamado Reina de la Belleza en un concurso centroamericano. La Reina hizo un viaje

a Nicaragua para visitar a su familia, y en ese viaje encontró su príncipe masculino de la República. Médico afamado, de familia muy principal, se decía que eran varias las candidatas que esperaban sus favores. Darío cantaríá:

María te demuestra que lucha la fragancia
Y sus supremas gracias, y sus sonrisas únicas
Y sus miradas, astros que visten negras túnicas,
Y la lira que vibra en su lengua sonora
Te dan una Reina de Nicaragua encantadora.

Regresada María a San Salvador recibía con frecuencia la visita de su novio. Esto me dió la ocasión de tratar muy de cerca, a Juan Bautista Sacasa, hombre de alto porvenir en la vida pública nicaragüense. Varias veces me convidó a almorzar con él en su hotel, y otras tantas lo convidé yo para almorzar en otros restaurantes de la ciudad.

En aquel entonces lejanísimo de mi juventud, no había línea que nos separara a Juan Bautista y a mí. El y yo resentíamos de la recia dictadura del General José Santos Zelaya en Nicaragua; él y yo éramos cristianos creyentes y prácticos; él y yo sentíamos las aproximaciones de un parentesco, es decir la voz de la sangre que nos llamaba por cercanos antepasados; y por último él y yo descendíamos de personajes llamados de los Treinta Años, y volábamos en la fantasía de dos sujetos que quieren ser caballeros y que como tales proceden en sus relaciones.

Tiempos vigorosos de nuestra juventud nos aproximaban, y no hubiéramos creído ni él ni yo, que vendrían años en que íbamos a ser separados por un amargo antagonismo político.

El filósofo Leibnitz ha sentado una teoría original en sus términos, pero positiva en la historia. Según Leibnitz el fenó-

meno de la política y de la sociedad moderna es que el universo, el cosmos, está dividido en secciones que él llama mónadas. Esas mónadas en los tiempos de crisis se encierran en sí mismas, como expresa el filósofo, cierran la ventana por donde pueden divisarlos los de la otra mónada, y constituyen por sí solos un cosmos cerrado, aislado y sin embargo jactancioso.

Tienen las mónadas de ventana cerrada su alfabeto propio, sus costumbres, sus aspiraciones, sus sentimientos, y aún lo que cada uno denomina su propia cultura.

En este siglo, como consecuencia de las dos grandes guerras mundiales, existen mónadas de todo volúmen, de ventanas con cerrojos corridos. Rusia con sus negaciones de Dios; Occidente con sus afirmaciones de una libertad vacilante, *mónadas son que tienen al mundo en aflictiva y constante expectativa de ruina.*

Desgraciadamente en Nicaragua lo que se llaman Partidos Históricos, el Conservador y el Liberal, han sido mónadas de Leibnitz que en sus luchas por el Poder Público, cierran herméticamente sus ventanas el uno para el otro. Al cogerle la punta a éste Cabo Suelto de mi Memoria siento en la calma de mi ancianidad, tristeza al recordar que un día fuimos sendos signos de ese antagonismo de puerta cerrada, Juan Bautista y yo.

Antagonismo ingrato, destructor, que se extremó a lo ruinoso y a lo sangriento. Un sabio amigo que tuvimos en Washington, Juan Bautista Sacasa y yo, que tuvo oportunidad de conocernos y apreciarnos a fondo, que nos sondeó para saber que yo apreciaba a Juan Bautista y que Juan Bautista me apreciaba a mí, poeta para dar más vuelo a la idea *de la concordia, nos lo dijo, y aún quiso conciliar nuestras aspiraciones en un solo noble ideal.*

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

Pero estábamos fatalmente destinados a ser factores antagónicos en un período tristísimo de nuestra historia.

Dios mío, si me fuera dado principiar de nuevo la jornada! Que sirviera la lección a las nuevas generaciones...!!

Pero las veo venir fatalmente, en las dos mónadas de ventanas cerradas en la misma corriente hacia el principio. La historia prueba que es acertado el refrán popular que dice: que nunca se cobra experiencia en cabeza ajena.

ULTIMAS IMPRESIONES DE SAN SALVADOR

Ya estoy con el pie en el estribo para abandonar San Salvador y trasladarme a Tegucigalpa. De allá me están llamando, tanto mi hermano Eulogio como Paulino Valladares. En la última carta que recibí de Eulogio, me dice: "Ya tengo en mi casa amueblada y lista la pieza en que vas a vivir; todo el servicio y mis amistades íntimas, la llaman el cuarto de don Carlos".

En cuanto a acogida social, a consideraciones de buena amistad guardo muy gratos recuerdos de San Salvador. Abiertos, en sus relaciones con los nicaragüenses, los salvadoreños son de fino trato y suma amabilidad. Noté con satisfacción que en la buena sociedad salvadoreña tenían como una recomendación de caballerosidad el ser conservador de Nicaragua.

Pero carecía de oportunidades de una actividad intelectual. Sentía como que estaba perdiendo en punto del vuelo de la fantasía y que se me entumían las alas. Pero al final el saldo entre esos más y esos menos de mi vida, florecen los buenos recuerdos de San Salvador.

Noté una peligrosa organización social, por las relaciones entre las clases. Así lo comentábamos entre los nicaragüenses. El trabajador de la ciudad se siente oprimido por sus amos, les teme y guarda para ellos mucho respeto, pero muy poco afecto. En aquel tiempo se sentía en la sociedad centroamericana el peligro del comunismo, con todo y las lecciones de las doctrinas de Marx y de las explosiones sangrientas de 1848 en Francia.

Como ejemplo de esas relaciones relataré un incidente en la casa de mi hermano Pedro Rafael Cuadra. Tenían un criado llamado Crescencio, bueno para el servicio si los hay,

cuidaba de la limpieza de la casa y nunca faltaba en sus obligaciones. Un día domingo se había ido a oír la misa tempranera toda la familia, menos yo, que me reservaba para la de once de la mañana. En uno de los corredores de la casa atravesaba un tubo para el servicio de agua sobre los ladrillos. Crescencio venía con un rollo de platos para alistar la mesa del desayuno, y se enredó por los pies con el tubo; cayó Crescencio y toda la loza se hizo pedazos.

Crescencio temblando, me dijo: "Mire don Carlos qué desgracia la mía; ahora que venga doña Carmela me va a despedir, sin firmarme mi libreta y no hallaré ocupación en ninguna parte y padeceré de hambre". Le contradije: "No veo porqué te van a despedir si no tienes ninguna culpa en el desastre de los platos".

Cuando llegó Carmela le conté el accidente y entonces con voz imperiosa llamó a Crescencio. El pobre sirviente llegó materialmente temblando. Carmela irritada lo reprendió pero en un sentido inesperado por Crescencio. Le dijo: "Porqué está juzgándonos mal, creyendo que te vamos a tratar sin justicia, despidiéndote cuando no tienes culpa. Has visto que seamos nosotros amos crueles para hacer semejante cosa? Váyase a barrer los platos quebrados y siga como siempre en sus oficios".

Crescencio se sorprendió de aquella reprensión inesperada. No seguí los movimientos de su semblante porque me daba la espalda, pero cuando dió la vuelta le ví que dos lágrimas le temblaban en las pestañas, y al mismo tiempo me sonrió como quien se ha salvado de una catástrofe.

Ese sistema es terrible porque va amargando la existencia de la clase oprimida y produce al final las sublevaciones de los Espartacos. En Nicaragua, las relaciones entre las cla-

ses eran francas, los sirvientes se incorporaban a la familia, y prevalecía más el afecto que el respeto.

Pasados los años, la explosión comunista en el Salvador fué terrible. En el tiempo de éste Cabo Suelto se gozaba sin embargo de una prosperidad que regocijaba a las llamadas clases principales.

Entre triste y esperanzado me embarqué en Acajutla, y el día siguiente desembarqué en Amapala. Siempre en Centroamérica, seguiré en próximo capítulo, desenrollando el hilo de mis recuerdos.

EN HONDURAS

Me resolví por las repetidas invitaciones de mi hermano Eulogio y de mi fraternal amigo Paulino Valladares a trasladarme de El Salvador a Honduras. Tuvo tal resolución su margen de tristeza, tanto en cuanto significaba el abandono del hogar de un hermano para sumarme al de otro; cuanto porque es suceso del emigrado político en Centro América, echar raíces sociales de amistad en el país donde ha vivido, y le conmueve el arrancarse de ellas, aunque siempre corra su existencia de emigrado en la unidad centroamericana. Con las oscilaciones en el ánimo de esos sentimientos navegué desde Acajutla hasta Amapala.

Apenas desembarcado principié a sentir la efectiva protección de Eulogio. La poderosa casa Rossner me tomó de su cuenta, me hospedó y se ocupó de trasladarme al territorio macizo de Honduras por la ciudad de Pespire, desde donde debía principiar la jornada de tres días para llegar a Tegucigalpa. Es Pespire la ciudad más caliente según me lo dicen las impresiones de mi piel la noche que dormí en ella, las ropas parecían recién aplanchadas y el aire denunciaba una temperatura no menor de cuarenta grados.

Muy de madrugada me despertó el que debía ser mi guía y compañero de jornada. La expedición se componía de mi guía bien montado y arriando una mula carguera con mi equipaje y todo lo necesario para mi consumo en el camino. Yo montaba la mula de silla de Eulogio, resistente y de buen paso. Ante de salir me bañé en el río de Pespire para refrescar el cuerpo. Para meterme al río, me quité la medalla que llevaba colgada a mi cuello desde el día de mi bautizo y la puse sobre una piedra. Al vestirme se me olvidó recogerla, y hasta en la noche al acostarme en La Venta, término de mi primera jornada, noté la pérdida que me entristeció. Acababa de pasar una intentona de reacción por

parte de los partidarios de Manuel Bonilla cuyo jefe fue mi amigo Augusto Coello, derrotado, pero la región quedó desolada. Conociendo ésto Eulogio y su esposa Octavita, me pusieron una alimentación asegurada de tres tiempos por día, de fiambres, y mojados el almuerzo y la comida por media botella de vino.

Me impresionó la aridez de la tierra, acostumbrado como estaban mis ojos a la fertilidad de estas costas del Pacífico nicaragüense. Constantemente subía sobre la carretera y como natural consecuencia ganaba frescura en el clima. Me llamó la atención, que en todas partes en donde tuve que detenerme me saludaban como Señor Cuadra; no sé si por la marca de fábrica que llevamos los hermanos en el semblante y que me denunciaba en ésta vez por mi parecido con Eulogio, o si era porque revelaba mi parentesco el que ellos conocían a mi ayudante por servidor del mismo Eulogio.

No padecí hambre en el camino. Me desayunaba con café negro, por que no conseguía leche, eso sí bien caliente por mi cuidadoso compañero y acompañado el café, de huevos cocidos y sandwich de queso. Almorzaba en cualquier ranchito del camino, sandwiches de diferentes clases y la media botella de vino. Siempre participaba de mi alimentación mi guía y servidor que era un viejo no menor de sesenta años, circunspecto y muy atento de mi asistencia.

Mi primer jornada terminó en el pueblecito de La Venta, en donde encontré hospedaje franco, y donde dormí toda la noche por el cansancio y porque ya se gozaba de un clima agradable . . . Repitiendo las escenas de mi alimentación terminé bien tarde la segunda jornada en el pueblo Sabana Grande Allí había una cómoda casa de huéspedes en donde dormí con igual cansancio y con más frío. Salí de Sabana Grande temprano de la mañana, avancé bastante, almorcé y habría recorrido unas dos leguas después de mi almuerzo

cuando fuí recibido por Eulogio y por Paulino que vinieron a encontrarme, acompañados de unas cinco personas importantes, amistades de Eulogio. Esta última parte de la jornada en animada charla con mis compañeros no sentí el mal trato de las otras jornadas; sin darme cuenta cabal recorrí unas diez leguas, y llegué a Tegucigalpa al anochecer, cuando ya estaban prendidas las luces eléctricas, y recordando el verso de José Joaquín Palma.

Como un nido de paloma
Tegucigalpa ahí asoma.

Llegamos a casa de Eulogio que era el segundo piso del edificio elegante del Banco Nacional de Honduras. Nos tenía lista, Octavita, una comida para toda la comitiva, gozamos mucho y ni ellos ni yo dimos señales de cansancio. Mi pieza era cómoda, todos mis muebles bien arreglados. No me faltaba nada y con un balcón hacia la calle que me permitía divisarla en toda su amplitud. Me desperté bien tarde, por el frío que me acariciaba entre buenas cobijas. Recuerdo que serían las diez de la mañana cuando salí al balcón, y me llamó la atención que toda la corriente del tránsito en la calle iba por el lado bien soleado, al revés de en mi tierra, Granada, que la corriente marcha por la acera sombreada evitando los rigores del sol.

Ese día principió una vida cómoda, desenvuelta en actividades agradables entre gente distinguida que me llenaba de atenciones; y en ejercicios intelectuales conforme a mis aficiones, sin que me acosaran exigencias de un obligado servicio.

PAULINO, PERSONAJE POLITICO

Encontre a Paulino Valladares bien instalado tanto en lo político como en lo social. Era secretario privado del Presidente don Miguel R. Dávila, y se le tenía como el sujeto de mayor confianza e influencia de su jefe.

A los pocos días de estar en Tegucigalpa, Paulino me presentó al Presidente de la República, que me otorgó una fina acogida. Entre otras cosas me convidó para ser concurrente a lo que él llamaba su tertulia. Era don Miguel Dávila metódico en sus labores, y a las once y media de la mañana cerraba su despacho y se reunía con sus colaboradores y amigos más cercanos para conversar ampliamente sobre diversas cuestiones políticas y sociales, y de esa manera recoger informes que le hacían divisar los asuntos más allá de las severas líneas del despacho oficial de los negocios públicos.

Era don Miguel Dávila un hombre serio, sin arrogancia pero con decoro. Tenía fama de ser muy distraído y aún los periódicos de oposición exagerando esa circunstancia de su carácter le inventaban ridiculeces. Pero en el orden de sus funciones se aplicaba en serio a favor del bien público.

Paulino estaba ya casado, con la novia de cuando era estudiante, una muy simpática joven llamada Carlota Bernard, hija de un hermano y socio del Sr. Estrebers, un alemán residente en Honduras desde hacía muchos años y dueño de un poderoso capital. Su casa era cómoda y se notaba en ella la buena vida de sus habitantes.

Publicaba un periódico que aún existe en Honduras, llamado El Cronista en el cual colaboré todo el tiempo que residí en Tegucigalpa. Paulino muchas veces me llamaba a la casa Presidencial y me decía: "Estoy muy ocupado, nece-

sito que usted me prepare un editorial en tal o cual sentido". Inmediatamente ponía la pluma sobre la tarea.

Todas estas actividades me resultaban muy de mi agrado, y con ellas, también en virtud del clima y sobre todo de los cuidados de Octavita en la casa de mi hermano Eulogio, me refrescaba de cuerpo y espíritu y engordaba a ojos vista.

En los opositores del Gobierno había una prevención especial contra Paulino. Un día que esos opositores celebraban un mitin, planearon ir a la casa de Paulino, en la hora de la mañana que él no se había ido todavía a la oficina, para secuestrarle, y si se resistía, matarlo. Todas esas cosas las discutían el grueso grupo al pie del balcón de mi cuarto y por ello tuve conocimiento del caso. Inmediatamente salí para ir a la casa de Paulino a salvarlo a como diera lugar. Di una vuelta por calle no directa hacia la casa de mi amigo y andando ligero llegué a ella, informé a Paulino y a su esposa e hice que inmediatamente se fuera para salvarse; lo hizo así trasladándose a la casa de los Estrebers.

Me quedé al lado de la esposa. Llegaron los sublevados con propósitos secuestradores y fracasaron al no encontrar a Paulino. La esposa Carlota les dijo diplomáticamente: También el señor, vino a buscar a Paulino, pero advirtiéndole estaba que hoy se había ido muy temprano para la oficina llamado por el Presidente. Los sublevados se retiraron verdaderamente contrariados, y el Presidente tomó cuidado de resguardar a Paulino, para que no se repitiera la intentona.

El suegro de Paulino tenía una linda quinta, sobre la carretera de Toncontín. Casa muy bonita, dos ríos, y un precioso encuentro de las dos corrientes que hacían un pequeño lago. Muchos domingos me iba con Paulino y otros jóvenes alegres a almorzar a la quinta, recordando nuestros paseos en Granada de Nicaragua y repicando las campanillas de

CARLOS CUADRA PASOS

juventud, que fueron las que estrecharon nuestras relaciones, cuando el exilado era Paulino.

Este nunca olvidaba Granada, y con toda seriedad me repetía que aquí había hecho su curso supremo de post-graduado.

MI VIDA DE SOCIEDAD EN TEGUCIGALPA

Era la capital de Honduras en esa primera década del siglo una población no mayor que Granada de Nicaragua, y se hacía en ella una vida como la nuestra, afectada por las divisiones políticas, pero que al mismo tiempo, las familias aparecían ligadas en el movimiento de la sociedad. Abiertos y acogedores en su trato no cerraban las puertas de su casa, a las cuales yo penetraba fácilmente como hermano de Eulogio, que gozaba de general prestigio entre esa gente.

Hablaré de algunas de esas amistades, tal por ejemplo de la familia de don Santos Soto y los Agurcia. Ya el señor Agurcia había muerto. Eran en conjunto los mayores accionistas del Banco Nacional de Honduras, y mostraban aprecio por Eulogio, en virtud del cual me acogieron a mí muy finamente. El señor Agurcia y don Santos Soto eran casados, con dos distinguidas señoras, de origen nicaragüense y de apellido Midence.

Me detendré en la personalidad de don Santos Soto que era, y lo proclamaba con gusto, de la más humilde extracción social. Contaba que había trabajado como peón en la mina San Juancito, y que tesoneramente y subiendo desde tan hondo había labrado su gran capital. Sin embargo era un caballero de muy buenas maneras, no desentonaba en cualquier reunión, vestía con decencia y sabía conversar mostrándose conocedor de todo Centro América. Por esas circunstancias atraía como un personaje de novela, balanceando en su individualidad al peón de las minas, y al potentado de esa hora, con el cual había que contar en los negocios grandes del Estado y de los particulares.

La familia Agurcia se componía, de dos hijos varones y dos mujeres. De los varones, José María regía la finanza de la casa, las mujeres, eran dos señoritas muy bien educadas,

atrayentes y alegres, inspiraban simpatía de primas a primera. Varias veces me invitaron para paseos domingueros a una linda quinta que tenían carretera arriba de Tegucigalpa. Llevaban música, se bailaba, se bebían buenos licores y se esparcía el ánimo por la vista de la finca y por la fina acogida de sus dueños.

Otro trato que frecuentaba era el de la familia Díaz ligada aquí en Granada con la familia Barberena. Tenían una tienda de lujo en la calle principal del comercio de Tegucigalpa. La hija Mina, estaba casada con un abogado de grande influencia política, social y económica. Todos los días, se hacía una tertulia tras los mostradores, a la cual concurrían personajes de elevada figuración política e intelectual.

Otra tertulia a la cual yo concurría, era la de don Policarpo Bonilla, eminente personaje político de Centro América, muy conocido en la historia de Nicaragua. Es éste un capítulo interesantísimo, porque me reveló sobre la política centroamericana cosas que verdaderamente me sorprendieron. Por ejemplo: Era don Policarpo un gran admirador del período de los Treinta Años en Nicaragua; me decía que en su concepto, esos gobiernos que conquistaron para mi patria el calificativo de Suiza centroamericana, era el ensayo mejor que se había hecho de la democracia, no sólo en Centro América sino en todo Latinoamérica y agregaba y, aún apartando a Suiza y a Inglaterra, para Europa misma serviría de modelo.

Me dijo, que estudiando ese período él había llegado a comprender cuán poderoso es para el buen gobierno el resorte de la rigurosa alternativa en la Presidencia de la República. Me contó que colaboró con el doctor Madriz en las conferencias de Washington de 1907, para conseguir que después de cerrado y suscrito el Tratado General de Paz y Amistad, se suscribiera la Convención Adicional que establecía como una obligación la alternabilidad en la Presidencia de la Repúbli-

ca; y la resguardaran con la doctrina intervencionista rigurosa que obligaba a todos los gobiernos de Centro América y por ende al de los Estados Unidos, a no reconocer al gobierno inconstitucional o que resultare de un golpe de Estado, es decir, la doctrina severa de Tobar.

Que había conversado después con el General Zelaya, para convencerle de que su hegemonía en Centro América sería mayor, si se manifestara en una sucesión de Presidentes liberales, pero por desgracia el triunfo de Namasigüe había cegado al General Zelaya con la venda de una mentida omnipotencia.

LA BODA DE JOAQUIN PASOS

Recibí una carta de Joaquín Pasos anunciándome que en tal fecha celebraría su casamiento, y que su deseo y también el de la novia, era que yo los apadrinara. Que la ausencia mía era la única nota triste para él en esos días en que estaban sonriendo las ilusiones del amor; y para afirmarme esos sentimientos y darles mayor relieve hizo que la bella novia Juanita firmara también la carta.

Le contesté poniendo el corazón en mis palabras con los augurios de su felicidad al casarse con tan bella y distinguida mujer. Por las crónicas que me llegaron de Nicaragua me informé que la boda había tomado aspecto y solemnidades principescas.

En cuanto le dió lugar su luna de miel Joaquín me volvió a escribir invitándome a que regresara a Nicaragua. Decía que tenía seguridad que al abrir mi bufete en Granada iba a prosperar grandemente en fortuna. Me decía que la política estaba tomando nuevos aspectos, y que Zelaya vería con complacencia y sin exigirles ninguna humillación, el regreso de los emigrados; si yo aceptaba él me conseguiría un amplio salvoconducto sin ningún compromiso especial de mi parte.

Desde ese momento sostuve una correspondencia con Joaquín que repetía los argumentos de mi conveniencia de regresar. Por muy bien que estaba en Tegucigalpa, principiaron a tentarme las perspectivas que me describía Joaquín. Consulté el caso con mis dos hermanos. Eulogio se me mostró dudoso de que consiguiera garantías efectivas. Pedro Rafael desde San Salvador me animó a hacer la prueba, y agregaba: "Si te va mal, ya conoces el sistema de ganar la frontera; las puertas del destierro siempre están abiertas para nosotros los conservadores".

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

Por último me decidí contra la opinión pesimista de Paulino Valladares que resultó profecía. Me dijo: "No cerrará el año sin que usted visite la Penitenciaría de Managua". Pero me vine, pasé la carretera descendiendo, llevado por el mismo guía pero sin necesidad de mayores asistencias, porque el tráfico estaba expedito. Era complicado mi sentimiento cuando llegué a Amapala para tomar el vapor que pasaría el día siguiente. Eran ráfagas encontradas de ilusiones en el campo profesional, de temores en lo político, de tristeza al meditar sobre los vínculos que rompía con Tegucigalpa tan acogedora y tan noble conmigo; pero también me atraía la patria, mis antiguas costumbres, me sonreían mis amigas granadinas con esa esperanza de amor incierto que mueve el corazón de los jóvenes; y el vapor se puso a la vista.....

RUMBO A LA PATRIA Y AL PELIGRO

Llegó el vapor y al subir a bordo tuve la grata impresión de ver que en él venían los recién casados Juan Bautista Sacasa y María Argüello, gozando de una luna de miel apenas iniciada. También viajaba hacia San José de Costa Rica el licenciado Manuel Castro Ramírez, joven abogado salvadoreño, perteneciente a muy distinguida familia que estaba nombrado juez de la Corte de Cartago, elevada y muy honrosa posición.

Al día siguiente después de una feliz navegación atracó el vapor en el muelle de Corinto. Estaba lleno de personas de la alta sociedad de León, que llegaba a saludar y festejar a la pareja Sacasa Argüello. Subieron a bordo varios y los del comité me convidaron para asistir a un banquete que en la noche le darían a Juan Bautista y a María. Acepté gustoso y preparé mi ropa de gala.

Como supieron los del comité que el vapor demoraría cuarenta y ocho horas en Corinto, invitaron también a Manuel Castro Ramírez. Este me consultó si iría o no a León. Las relaciones entre el gobierno de El Salvador y el del General Zelaya no eran cordiales. Manifesté a Castro Ramírez el peligro de que el dictador Zelaya diera uno de sus golpes provocadores de Centro América poniéndolo preso. El gobierno de El Salvador se disgustaría al ver que su delegado en la Corte de Cartago lo comprometía a una fuerte actitud defensiva. Castro Ramírez estuvo de acuerdo conmigo y se excusó agradeciendo mucho y haciendo votos por la felicidad del matrimonio y por la alegría de la noche.

Y en realidad que fué alegre el banquete; magnífico en todos los aspectos de gala y de asistencia de hombres y mujeres de la alta sociedad leonesa. Música, brindis armoniosos como la música, llenaron de encanto y elegancia aquellas

horas. Por la mañana muy temprano, a pesar del desvelo, tomé el tren para Granada, hasta ese momento muy ilusionado. En la estación de Managua, me esperaba Joaquín Pasos para saludarme en su nombre y en el de Juanita. Les agradecí mucho todas las gestiones que habían realizado por mí y le ofrecí volver el lunes, ese día era sábado, para visitar el nuevo hogar y a la bella cuñada. Llegué a Granada alegre por volver a ver a todos los hermanos y recibido por ellos con fraternal afecto; cada uno me ofrecía su casa. Pero mi hogar era el de mi hermana Isidora, que hubiera sufrido si yo me desvío de ella en esa ocasión.

Fuí a misa de diez de la mañana, y al regresar a mi casa estaba ella rodeada de la policía, me pusieron preso; pasé ese día en la cárcel de Granada. ¡Ironía de la suerte, el lunes fuí a Managua como le había prometido a Joaquín, pero directamente para la Penitenciaría! Estaba silencioso y vacío el antro. Me pusieron en las celdas que llamaban "de intelectuales", que eran cuatro ubicadas cabe a la letrina de la Penitenciaría. Solo un prisionero había en la celda de enfrente y era el intelectual distinguido doctor Antonio Medrano. Pensaba, qué diría el profeta Paulino Valladares si viera tan presto cumplida su fatídica profecía!

Eran prohibidas las conversaciones entre dos prisioneros, pero el guardián al que llamaban cabo policía, no tenía mal corazón y nos dejaba conversar al doctor Medrano y a mí. Ahí hicimos una amistad que duró hasta la muerte de Medrano, y mantenida a pesar de las contradicciones políticas entre los dos.

Los primeros días me era imposible comer entre el espeso mal olor que impregnaba los alimentos; pero a todo se acostumbra el hombre y así se le ve muchas veces ascender a lo angelical y otras descender a lo animal y entre los animales al inmundito cerdo.

Aquí se ponían de relieve las contradicciones de nuestra política en que no se sabe en dónde principia el cariño y en dónde prevalece el odio. Notaba yo que los domingos me llegaba una comida opípara, de platos selectos y me daba lástima que mi hermana Isidora hiciera lo que yo llamaba la locura de esos gastos. Después supe que esos almuerzos domingueros me los enviaba Juanita Zelaya, la hija del dictador.

Así también fui sorprendido un día por el Comandante de la Penitenciaría quien me llegó a notificar, que el Presidente Zelaya, "en un acto de generosidad" me permitía que me entraran libros para distraer mi inteligencia.

Es muy original ese acto de la dictadura. Después supe, contado por Joaquín, que el General Zelaya cuando cumplía años una de las hijas le hacía un buen obsequio y después le otorgaba lo que la hija le pedía. Joaquín que me conocía desde niño le dijo a Juanita: "Si quieres favorecer a Carlos conseguí que le permitan libros, porque teniendo que leer no vuelve a recordar que está preso". Una hermanita de Juanita, llamada Isabel, que por cierto murió recientemente, cumplía años y Juanita hizo que le prometiera que cuando su papá le preguntara qué deseaba, le dijera que me permitiera la entrada de libros a mí. Lo hizo la niña con una generosidad de buena mujer y Zelaya no faltó a su palabra, pero le dijo: "Tú también te estás interesando por ese negrito que es bien malo y muy enemigo mío".

Gozó de mi privilegio Medrano porque en virtud de la complacencia del Cabo policía le pasaba libros de los que me llegaban a mí. En esa ocasión aprendí a meditar leyendo y releendo la Imitación de Cristo de Kempis. En verdad algo gané en los meses que estuve en tal universidad.

Un día de tantos llegó el barbero de la Penitenciaría y notificó al doctor Antonio Medrano que lo iba a pelar como medida higiénica ordenada por el comandante. El doctor Medrano se gozaba en su cabellera de poeta. Le aplicaron la máquina número cero y quedó mondo y lirondo. Yo le dije al doctor Medrano: "Alístese que hoy sale libre usted!" "¿Porqué dice tal cosa, Cuadra Pasos?" Le contesté: "Porque lo ha mandado a pelar el propio General Zelaya que gusta de hacer sufrir esas pequeñas humillaciones a sus adversarios".

A las cuatro de la tarde notificaron que quedaba libre el doctor Medrano. Ya al irse, se arrimó a mi reja y me dijo: "Cuadra Pasos, cómo se ve que el General Zelaya es grandino y que sólo ustedes lo conocen bien".

No me quedé solo por mucho tiempo. El once de julio me pusieron en libertad y cuando salí estaba Joaquín esperándome en la casita de Isidora. Ya me tenían lista buena ropa y barbero para que me pelara y afeitara porque como me dijo mi hermana Isidora, estaba que asustaba de feo.

Me fuí con Joaquín a su casa, Juanita estaba sentada en la acera del patio, comiéndose un mango. Joaquín, desde el zaguán de la casa, le dijo: "Aquí te traigo al hombre". Ella se levantó y fue corriendo a lavarse la cara; en breve regresó; me adelanté a saludarla tendiéndole la mano, pero Joaquín me dijo: "Abrázala que es tu hermana". Lo hice y fuí correspondido, sellándose así en aquel día una fraternidad efectiva y para siempre.

ANSIAS DE EMIGRAR

Desde que salí de la cárcel sólo pensaba en seguir el consejo de mi hermano Pedro Rafael, de que si era perseguido nuevamente en Nicaragua, para el conservador nicaragüense estaba abierta la puerta de la frontera, y al llegar a ella es fácil, consiste en conseguir un guía y seguirle resueltamente tras la ilusión de volver a sentirse hombre libre, aunque de espaldas a su patria que sufre tiranía.

Corría el mes de agosto y Eulogio anunció a la familia que iba a tener un hijo su esposa Octavita Anita Arévalo hermana de Octavita resolvió ir a acompañarla en ese trance. le encargué que le llevara a Eulogio dos textos diferentes de anuncio del nacimiento del niño. El primer texto significaba: "Vente para Honduras que todos te esperamos". El segundo: "Es mejor que continúes en Nicaragua, a pesar de los peligros de persecuciones". El 15 de Agosto le nació la hija a Octavita, mujer que trajo el nombre de María Asunción por la fecha. Recibí el telegrama de anuncio en la forma primera, que significaba una promesa de volver a la vida agradable de Tegucigalpa.

Mi única actividad consistía desde entonces en mis preparativos para ganar la frontera, siempre abierta al emigrado conservador. Mi hermano Ramón me preparó su mejor mula de silla, la puso en especial cuidado, para que me sirviera en la larga jornada. Es triste pensar que sólo abandonando su tierra, su casa, sus propiedades, sus amores, podía gozar de libertad el nicaragüense. "Sunt lacrima rerum", diría el poeta latino.

En esos preparativos estaba cuando se atravesó en mi camino un accidente político. Se verificaron en los Estados Unidos las elecciones presidenciales para designar el sucesor de Roosevelt. Los conservadores pusieron todas sus ilusiones

en el triunfo de Guillermo Taft, y como resultó electo lo celebraron ruidosamente en Granada con manifestaciones públicas y discursos del doctor David Arellano y de otros oradores.

Estaba ausente de Granada, en la hacienda, hoy famosa, "El Porvenir" de mi amigo don Anastasio Somoza, padre del General del mismo nombre. Había sido llamado por él para hacerle un trabajo notarial delicado, y llevé de compañero al doctor José Benito Rosales para ciertas escrituras que no debía hacerlas yo. Celebramos ahí el triunfo de Taft en reunión íntima de amigos, don José León Román y Reyes, don Anastasio, José Benito y otros tres amigos más. Abrimos champán, seguros de que el triunfo del partido Republicano significaría la realización de las elecciones planeadas por el doctor José Madriz en las conferencias de Washington de 1907.

El dictador se irritó con las manifestaciones de Granada, y mandó a seguir un proceso serio por el delito de traición a la patria. Se realizaron prisiones. El doctor David Arellano, don Ramón Morales, don Alberto Chamorro y yo, fuimos procesados. En el proceso constaba hasta el texto del discurso que yo había pronunciado en las calles de Granada, habiendo pasado esa noche a bastantes leguas de distancia.

Nos trataron con cruel rigor. A mí, especialmente, me encerraron en la famosa celda número siete que tenía un metro de ancho. Y en la angostura casi asfixiante de mi celda soñaba sin embargo en ir cabalgando en mi buena mula rumbo a la frontera de Honduras.

Nos pusieron en libertad el once de julio de 1909. Crujían los resortes de la dictadura por las conspiraciones liberales que deseaban apartar a Zelaya, excomulgado notoriamente por el gobierno americano, para salvar a su propio partido.

CARLOS CUADRA PASOS

Desistí entonces definitivamente de mi viaje a Honduras, pero no del cuidado de mi mula que tenía seguro me iba a servir en otras direcciones, cuando se desatara la tempestad sobre el dictador.

CAPITULO DE ILUSIONES Y LAGRIMAS

El ambiente se caldeaba más y más con las conspiraciones liberales. Los conspiradores conversaban con los jefes visibles del conservatismo que permanecían en Nicaragua. Por ejemplo se anunció para el 13 de Septiembre en la revista militar que se verificaría en celebración de la independencia, que el General Nicasio Vázquez daría un golpe a la dictadura. Por medio de agentes él reclamó promesa de los conservadores que no apoyarían a Zelaya como en 1896. Pasó el 15 de Septiembre y no hubo nada. El General Nicasio Vázquez había sido trasladado a otra función militar.

El General Ignacio Chávez, el que fue Presidente pro t mpore en el período del doctor Sacasa; vino a Granada y convers  con mi hermano Demetrio en el mismo sentido, de que se iban a levantar en León en fuerte empuje revolucionario, pero querían formal promesa de los conservadores de permanecer neutrales. Se le dió tal cual la deseaban.

Pero la más fuerte de todas las conspiraciones era una que comprendía toda la cuenca del gran lago, con el fuerte respaldo de la Costa Atlántica. Parece que el director de ésta era don José Dolores G mez; estaban comprometidos el General Gerardo Barrios, Prefecto de Granada, y el Prefecto de Rivas. El General Zelaya frustró el plan. Puso preso al General Gerardo Barrios, amonestó muy severamente a don José Dolores y cambi  al Jefe Político de Rivas. Qued  en pie sin embargo la Costa Atlántica en la cual no pudo el General Zelaya realizar ninguna maniobra.

Como una precaución permanecí todo el tiempo oculto, para evitar que me pusieran preso, en la casa hoy colegio Salesiano y entonces habitación de mi tía Luz Arellano. Me estimulaba un acto de mi hermano Eulogio; en la celda número siete en que yo gem , pas  él su última prisión y con un

clavo hizo una cruz y abajo con el mismo clavo gravó su juramento: "Juro por ésta, que no vuelvo nunca más a la Penitenciaría". Hombre terco en sus propósitos, lo cumplió al pie de la letra.

Pero el hombre propone y Dios dispone. Estando en esas precauciones, mi hermano Miguel enfermó de suma gravedad por un ataque fulminante de apendicitis. Lo operaron, y se puso, inmediatamente después de la operación, en situación de muerte. El, clamaba que llegara yo, su compañero de toda la vida. No resistí ese llamamiento y me fuí a Managua. *Mi alma fue destrozada de dolor al ver que se iba lo que podía llamar, mi otro yo.* Asistía con los auxilios de la Religión, a Miguel, el Cura José Antonio Lezcano, después gran Arzobispo de Managua. Le aplicaba los consue- los de la fe con verdadero amor.

Deseo contar una ocurrencia que revela el carácter de mi hermano. A él lo asistió la primera enfermera americana que vino al país. Usaba el pelo cortado menos que varón, y estaba muy cerca y seria de pié frente a Miguel que agonizaba. El confesor acariciándole le dijo: ¿Cómo se siente, mi amiguito?, y Miguel soltando su inagotable humor le contestó: "Cómo quiere que me sienta entre dos pelonas", y volvió a ver a su enfermera Monseñor Lezcano, nunca olvidó ese pasaje y me lo recordaba a mí insistiendo en el buen humor del sujeto

En un momento dado Clotilde, esposa de Miguel, no resistió más y cayó desmayada. Miguel en una última energía dijo: "Me levanto!", con la intención de proteger a su esposa y cayó ya muerto en mis brazos.

Quiero hacer constar a favor del dictador, que respetó mi dolor y que nadie me tocó ni en la agonía de Miguel, ni después de muerto, cuando lo llevé a enterrar en el panteón de la familia.

Deseo relatar otra anécdota de Miguel. Por motivos de un cambio de clima para uno de sus hijos estuvo en una ocasión en Masaya, y en el mismo hotel del literato chileno Guridi y Guridi. Como sucedía siempre la amena conversación de Miguel cautivó al chileno, que desde entonces quedó muy su amigo. Un día de tantos que pasábamos Miguel y yo por Masaya, Guridi y Guridi se fué con nosotros en el tren, tenía más de ochenta años de edad e iba formando planes de viaje a Europa, de regreso a Chile que por lo menos abarcaban diez años. Cuando él se despidió, Miguel me dijo: "Ya ves a Guridi y Guridi, hace planes alegres como los pudiera hacer yo en mi juventud". Cuando pasé por Masaya, con Miguel muerto, Guridi y Guridi llegó a darme pésame y vino a Granada para asistir al entierro. Con tristeza recordé el episodio y reflexioné, cuan insegura es la vida del hombre y misterioso el llamado de Dios.

A propósito de los recuerdos que me trae a mi memoria la muerte de mi hermano Miguel, me parece oportuno referirme a una carta que le fue dirigida por su cuñada, Doña Mercedes Zavala, esposa de mi hermano Demetrio.

Esta carta, importante documento histórico y familiar, llena de dramatismo y verdadero ejemplo del género epistolar, estuvo muchos años en poder de don Juan José Zavala, quien se la envió a su hija, Doña Violeta, viuda de mi sobrino el Doctor Miguel Cuadra Pasos, hijo primogénito de mi hermano Miguel. Juan José, en el aniversario de la trágica muerte de su yerno, que en ese día hubiera cumplido 50 años de vida, le envió dicha carta diciéndole: "Me parece que a tus hijas corresponde conservarla como recuerdo histórico de su abuelo paterno".

He pedido a mi sobrina política, Doña Violeta, me permita la publicación de dicha carta en estos mis Cabos Suelos. Ella graciosamente me lo permitió. La carta dice así:

Managua, Enero 21 de 1903

Mi querido Miguel:

El 19, ya en la noche, me entregaron el telegrama de tu Mamita, participándome el nacimiento de tu primogénito.

Tan fausta nueva, vino a mitigar la tristeza de tantos días, y a levantarnos un poco de la postración de espíritu que con motivo de los últimos acontecimientos tiene sumidos a todos nosotros. Y hablo en plural, porque en la mañana siguiente se lo comuniqué a nuestros presos quienes han participado de tu gozo y me comisionan para felicitarte en su nombre lo mismo que a Clotilde. Dios quiera que el recién nacido pueda recibir a sus tíos, con sus tiernos gorjeos, y no saludándolos con frases bien articuladas, como mucho me lo temo, por lo que se ve, de la actual y enredada situación.

Pongo aquí punto final para la Clotilde, en su estado actual no debe oír más que significaciones de contento, y paso a narrarte a la ligera, algunas de las escenas más patéticas que he visto y han llegado a mi conocimiento. Aprovecho para ello, la ocasión del conductor, seguro que llevará esta carta, calculando la ansiedad y el deseo de U.U. por conocerlas, suponiendo que como nosotros, habrán tenido el pensamiento amargado, por los trágicos sucesos de estos últimos días.

Creo haber referido ya, en una carta a la niña Virginia, mis impresiones del día de la salida de P. Higinio, que coincidió con la notificación del asesinato a los acusados Castro y Guandique, y de la entrada de los Padres que llegaban a confesarlos, en los momentos que aquel salía de la Penitenciaría. Que, en el camino, a poca distancia de aquel lugar, detuvo el coche la hija de Castro, deshecha en lágrimas, al extremo que ella misma le dijo: No quiero impresionarlo más, porque va Ud. muy enfermo!

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

Al siguiente día, fué la salida de Frutos, que también venía muy impresionado, por todo lo que dejaba adentro, al extremo de que no pudo comer ni dormir ese día y la noche subsiguiente. La misma tarde ocurrió el terrible suceso, sin que nadie quisiera convencerse de su realidad hasta el último momento, y esto, hasta los mismos que rodean a Zelaya.

Todo el mundo se acercó al lugar del suplicio, creyendo ser espectadores de alguna comedia. Después de consumado, solo se oían los lamentos y alaridos de las hijas de Castro, que en momentos de colocar los cadáveres en la hoguera, pedían, desgarrándose el de su padre para llevarlo a velar!! Toda la gente estaba horrorizada. El mismo día de la ejecución, en la mañana, Zelaya mandó llevar a su presencia a Guandique, y según refirió éste, al regreso, le dijo: Le perdono la vida si me dice Ud. lo que sepa de la voladura de los cuarteles. —Si no sé nada, si es así, fusíleme—. Pues será Ud. fusilado.

Después llamó a Castro y le dijo lo mismo: Que si le decía algo, le perdonaba, etc. etc. ...

Castro y Guandique fueron llamados separadamente, y al referir cada uno su entrevista con Zelaya no habían tenido comunicación entre sí, hasta que los sacaron juntos para llevarlos al suplicio.

El Gral. Castro pudo hablar con sus hijas y hacer su testamento.

Con todo y que el valor incomparable de los acusados libró a los presos compañeros, de escenas conmovedoras y patéticas, fué ese, un día para ellos de los que hay pocos en la vida. Se les impuso que ni los saludaran cuando pasaran por sus celdas; pero nadie obedeció y los centinelas lo toleraban, y aquellos les contestaban tranquilos y cariñosos. To-

do ese día lo pasaron las pobres víctimas en idas y venidas a la Comandancia; ni esos viajes les economizaron, haciéndolos caminar engrillados, llevándolos como de costumbre a ese lugar, para toda cosa que querían disponer, o para hablar con alguna persona. Pasaban frente a los nuestros, serenos y naturales, diciéndoles en alta voz a lo que iban. Cuando regresaron del Campo de Marte, Guandique, con voz y paso natural dijo en alto: Sólo queda la tranquila mansión!!!!

Cuando regresó Castro, fué más explícito y dijo a voz en cuello: Era necesario mentir para salvarme; prefiero morir!!!

Este lo pasó en el suelo, sentado en su celdita, recostado contra la pared, fumando puros que mandó a pedir a la celda de los Chamorros y Cuadras. Como le mandaran muchos, les gritó: ¿Para qué tantos? No puedo llevármelos al otro mundo. Guandique estaba boca abajo en el petate, escribiendo.

Cuando salieron por última vez de la Penitenciaría, solo los acompañaba el Teniente Solís y les permitió acercarse a las rejas de nuestros presos, para darles la mano en despedida eterna. Ni siquiera temblaban, según dicen; parecía que iba para otra parte. Al llegar por la puerta, los nuestros les hablaron de Dios y de la Virgen. Para donde ellos vamos, les contestaron. El Gral. Castro dijo en alta voz: Muero dándoles ejemplo!!!!. Aquello, dicen que era lúgubre, de una manera inenarrable. Cuando salían las inocentes víctimas para el patíbulo, Elizondo los vivó, dando esto por resultado que lo quitaran de la celda grande en que estaba llevándolo a otra más estrecha, lo mismo que L. Correa, M. Guerra y P. Pacheco.

Al pasar por el portón de la salida se dirigió Castro a sus hijas delante del Comandante y otros empleados: —Muero inocente!! No les dejo mancha alguna sobre su nombre!!

Fuí siempre muy honrado. Dirigiéndose al Comandante: Ud. ha sido honrado, coronel, pues quizá lo he sido más que Ud. y al Gobno. le serví con toda la honradez de que soy capaz! Me llevan al patíbulo las calumnias de unos cuatro cuya lista les queda: Chon Silva, Manuel Paiz, F. P. Zelaya y Largaespada. Pero si algún día estos llegan a sus puertas a pedirles perdón, y a solicitar su servicio ábranselas y perdónenlos, porque somos cristianos!! Todavía agregó como último Adiós: —Siento la despedida, más que por mí, por mis compañeros que quedan tan tristes!! Suplicó al cheque que le recogiera y entregara a su hija hasta el último clavo que le había servido en su celda. Más tarde pasaron por nuestra casita los guacalitos, bancos y demás cosas que le habían servido en su gravedad.

En su cuartito frente al mío habían preparado todo para velar al inolvidable Castro, cortinas negras, tarima y demás. Allí están pasando los 9 días sus desgraciadas hijas que se lamentan día y noche sobre todo una de ellas que lo acompañó a todas partes, hasta Honduras y lo cuidó más esmeradamente en la prisión. Cuentan de ella que varias veces se vistió de hombre para rondar la Penitenciaría; cuando oía el rumor de algún peligro que podía correr su Padre.

Está mujer está como loca. Cuando no llora, está constantemente hablando y relatando la historia de todas las batallas y sucesos que ella presenció con mil detalles interesantísimos para el porvenir.

Yo tuve con ese motivo, que suspender por dos días mis viajes a la casita, harta ya de impresiones, y temerosa de enfermarme, cosa que quiero a todo trance evitar, para poder acompañar hasta el fin a nuestros queridos presos en su largo vía crucis.

Al llegar la noche de ese tremendo día, tuvieron ellos serios y nuevos temores que abrigar con los aparatos bélicos que llegaron a su vista.

Después de la requisita acostumbrada a la hora de siempre, y cuando ya iban a acostarse, cubrieron todo el pasillo con tropa, ordenándoles, revistar sus rifles; e idas por aquí y por allá, sin saber los presos qué era aquello, temiendo con justicia que se tratara de algún tormento para ellos, pues así fué cuando ultrajaron a Dn. Salvador y a Silva el célebre 14 de Marzo. Todo concluyó mandando que cada uno de esos soldados alistarán su dormitorio en ese lugar, y allí durmió la soldadesca. Aún no saben a qué obedeció eso; suponen me dice Demetrio, que el Amo al tiempo de irse le encargó al Comandante que los vigilara mucho, y éste adoptó esa precaución, porque según supieron, esa tropa dormía de esa manera en el departamento de los presos comunes, y esa noche dispusieron que durmiera a ese lado. No ha vuelto a haber cambio en el régimen penitenciario, y como no era de esperarse, ha venido saliendo ileso hasta hoy, la salud de nuestros pobres encarcelados.

Ayer tuvieron una nueva preocupación. El Comandante les participó que entrarían enseguida a nuevo consejo el Dr. Silva, los Alvarado y una mujer que vivía con Guandique. Los Alvarados están bastante afligidos; Silva que dicen es de carácter nervioso dice que está bueno, que lo fusilen. Es de esperarse que no seguiremos presenciando hechos tan inícuos, y que serán suficientes dos víctimas si eran necesarias para nuestra redención.

Demetrio ha estado muy preocupado por su Mamita, a quien me recomienda él que le escriba, estando ella privada allá lejos, de los consuelos que yo tengo aquí.

A ellos se les ha aligerado un tanto la pena, con el diagnóstico de la junta de médicos, sobre la enfermedad de P. Higinio, porque llegaron a temer que estaba sentenciado a muerte por lo que Nóbile les dijo la última vez.

Ahora lo que más los enferma moralmente es la falta de álcalis que fortalezcan sus espíritus abatidos, y al pesimismo universal que reina entre ellos. Siempre me preguntan que si sigue tan desurtida la botica.

Me olvidaba contarte que la voz pública dice aquí, que dos extranjeros, Mr. Suhr y Auber están notificados para dejar el país dentro de pocos días, por haber lanzado expresiones en contra de la barbarie cometida. Les mando los borradores de las cartas que escribió Guandique el día de su muerte, a su madre y al cura, y que encontraron en su celda.

No se les debe ocultar cómo los hubimos, y lo trascendental que sería si se publicara que los poseemos.

Por lo tanto, queda al buen juicio de los íntimos, leerlos y conservarlos de la misma manera que los conceptos de esta carta que son la mayor parte extractados, de la correspondencia en miniatura y reservada que Dios me ha permitido, y sin la cual me sentiría ya desfallecer.

¿Se compadecerá Dios algún día de nosotros? ¿Tendremos fuerzas hasta el fin?

Aunque tu Mamita me pide en sus cartas que le escriba diariamente, no he podido ni querido hacerlo así, cuando no tengo a la mano algún consuelo positivo que mandarle.

Sé lo que sufre, y transmitirle diariamente lo que veo, como lo hago hoy en esta, sería agotarle sus fuerzas, sería matarla; y como no quiero tampoco engañarla prefiero hacerlo, sólo cuando le va el antídoto. Mientras tanto, permanezco yo, aquí cerca del teatro de los acontecimientos, apurando el amargo cáliz, y buscando cómo vendar las heridas, a los pedazos de nuestro corazón!!, dejándole a ella, la santa misión del ciego porfiado, que arrianca limosna o le dan de palos.

CARLOS CUADRA PASOS

Si ella, tan bien intencionada y tan santa, no consigue que le den, será que Dios no quiere oír! . . .

Que reciba esta, en contestación a las tres últimas que esta semana he recibido, encargándole que no se mueva, hasta que yo le avise.

Para ella, y para todos recuerdos afectuosos, y esperando una tuya de que hace días estoy careciendo, quedo

Tu hermana

MERCEDES

A LA GUERRA SIN VOCACION

Del cementerio después del entierro de Miguel volví a mi escondite. El General Juan J Estrada se había sublevado francamente asistido por los conservadores, Adolfo Díaz, Emiliano Chamorro y Luis Mena. La mula estaba en el patio lista de aperos y empecé a fraguar el viaje con cambio de rumbo y con suma de peligro.

A Bluefields, esa era mi ilusión.

Principiamos varios a conspirar activamente para formar un grupo y marchar a incorporarnos a la revolución de Bluefields. Formamos varios planes y por último resolvimos, como avanzaban los ejércitos de Zelaya sobre Chontales y el Rama, irnos pasando por Costa Rica. Con entusiasmo nos ayudaron a la expedición aquí en Granada. Eramos dieciocho nominalmente los viajeros. Don Nemesio Martínez en Rivas nos preparó un guía, que nos debía esperar en Belén para ponernos en Costa Rica. Aquí los dieciocho debíamos reunirnos en el cementerio de Granada para salir a la media noche, sin tocar camino real, sirviéndonos de guía el General Calixto Talavera conocedor del terreno.

Personalmente todo lo tenía listo, dinero para mis gastos personales, una magnífica mula, llamada "La Canela" por su color, con buenos aperos, incluso alforjas. Noticié a mi tía Luz de que esa noche partía; y ella amorosamente me dijo: "Arrodíllate, que en nombre de la Virginia tu madre, te voy a echar la bendición". Lo hizo así amonestándome de que siempre pensara en nuestro Señor Jesucristo, y que no apartara la vista de él en los peligros que iba a correr. Confieso que no seguí las iluminadas amonestaciones de la santa tía Luz.

A las diez de la noche llegué al Cementerio. Después llegaron Fabio Guerra, de Rivas y el General Ildebrando Rocha. Llegó Calixto y esperamos hasta altas horas de la noche y no se apareció ninguno otro de los comprometidos, con todo que entre ellos habían muy buenos soldados, probados en otras ocasiones. Entonces principié a observar el fenómeno de que hay dos clases de valor; el valor militar, al que presta coraje el arma en la mano, y el valor del civil, que vulgarmente se llama puntillo de honra del caballero.

Por fin nos pusimos en marcha dirigidos por Talavera, que en verdad sin tocar camino, y cortando muchas cercas, nos subió al Mombacho, descendimos al otro lado y ya tarde del día llegamos a Belén. Ahí Calixto nos entregó a Francisco Grillo experto en viajes secretos a Costa Rica, que por cierto, unos dos meses después cayó en la trampa y murió fusilado. No podría tampoco ahora hacer un trazado exacto de nuestra jornada. Fueron tres días de grandes riesgos.

Una de tantas, estando en una casa conocida de Grillo, nos sorprendió una caballería de Zelaya. No tuvimos tiempo más que para meternos en la montaña, y esperar que se fuera la caballería. Grillo nos ordenó que le tuviéramos las patas delanteras a las bestias para que no hicieran ruido; a mí las emociones me dan sueño, y estando con las patas de mi mula agarradas, me quedé dormido. Cuando pasó el peligro me dijo Grillo: "Qué hombre tan valiente es usted, que se durmió anoche entre las patas de la mula!". Acepté el piropo vanidosamente y aún saqué el pecho afuera; pero en verdad me había dormido de puro miedo. Reflexiono, que muchas famas tendrán base tan falsa como la de mi coraje y valentía aquella vez!

La frontera estaba ocupada, y no había más que un solo desfiladero frente a una loma. La noche oscura. Grillo nos explicó que debíamos pasar en carrera abierta de las bestias,

y nos arregló, poniendo a Ildebrando Rocha en medio, porque iba en bestia blanca, al lado derecho Fabio Guerra en un caballo retinto y a la izquierda yo. Cuando nos silbara arrancaríamos a correr y que lo siguiéramos a él. Estrictamente cumplimos la consigna. Los de la loma sintieron algo de ruido y nos hicieron tres descargas, pero ya estábamos al otro lado de la frontera.

No descansamos hasta llegar al amanecer a Copalchí, un punto situado en el río de Las Vueltas donde había resguardo de Costa Rica, y telégrafo. Conforme a las instrucciones que traía de don Alberto Chamorro puse un telegrama a don Manuel Joaquín Barrios en Santa Rosa, y él me ordenó continuar el día siguiente para esa hacienda famosa en donde recibiría las instrucciones del doctor Adán Cárdenas.

Los tres viajeros nos sentíamos cansadísimos, tanto corporalmente como en el alma por los peligros corridos, y las ansiedades y angustias sufridas. A mí me preparó el jefe de Copalchí dormitorio en un bote, acolchonado de ropas, sin fijarse en si estaban limpias o sucias. Dormí, o mejor expresado dormimos los tres en un tirón, doce horas. Nos despedimos de Grillo que regresó a Nicaragua convencido de que yo era un valiente.

Conseguimos un nuevo guía para que nos llevara a Santa Rosa. ¡Qué diferente modo de viajar, a la luz plena del día sin preocuparse de ningún riesgo en la jornada! Llegamos a Santa Rosa casi al ponerse el sol. Estaba ocupada la casa por toda la familia de don Manuel Joaquín Barrios. Además ocupaban la pieza de huéspedes, Alejandro Urcuyo y Víctor Manuel Vidaurre y fueron mis compañeros de hospedaje. Doña Luisa Sacasa, noble señora, esposa de don Manuel Joaquín, desconfiando de mi juventud en cuanto a prudencia, me advirtió que sus yernos futuros eran liberales. Los conocía muy bien desde el tiempo del colegio, y sabía de ellos

que si eran liberales eran también cumplidos caballeros. Departimos amistosamente la primera noche, y comentaron con simpatía lo que llamaron mi atrevido viaje.

Don Manuel Joaquín recibió veintidos mil dólares que le enviaba el Partido Conservador de Granada al doctor Adán Cárdenas, como contribución de guerra. Después me dijo que el doctor Cárdenas deseaba ya que yo me quedara operando en la frontera de Costa Rica en una expedición para distraer a las fuerzas de Zelaya. Me negué rotundamente, en primer lugar porque no me sentía con aptitudes de guerrillero y en segundo porque otras eran mis ilusiones sobre Bluefields.

La hacienda Santa Rosa es el San Jacinto de Costa Rica. En ella en histórico combate derrotaron a William Walker. Es además una valiosa propiedad de ganado. Los dos días que pasé en la agradabilísima compañía de los que la ocupaban recorrí sus posiciones, sus corrales, sus puntos estratégicos, que habían contemplado el esfuerzo heroico de las tropas costarricenses.

A la mañana del tercer día continuamos los tres amigos viajeros el camino para embarcarnos en Ballena, puerto del Pacífico. Vendí bien mi mula, "La Canela" y su precio aumentó mis recursos para mi vida de revolucionario en Bluefields. Pasamos directamente para San José de Costa Rica para preparar mi viaje. Era Presidente electo de Costa Rica, don Ricardo Jiménez, y Paulino Valladares estaba de embajador, para asistir en nombre de Honduras a la toma de posesión. Me invitó Paulino a comer en el mejor hotel de San José, y me presentó a don Ricardo, que inmediatamente sospeché que yo iba rumbo a Bluefields. Criticó la guerra civil y me preguntó que hasta cuándo íbamos a entrar en juicio los nicaragüenses que destrozábamos a nuestra propia patria.

El día siguiente avancé a la ciudad de Cartago con el objeto de visitar a mi prima hermana Julia Pasos, que estaba en el duelo de la reciente muerte de su marido el caudillo conservador, Alejandro Chamorro. Ahí estaba también Juan Pasos de mi mayor intimidad acompañando a su hermana. Avancé a Puerto de Limón. Era la encargada de facilitar los enganches y embarques a los que fueran hacia la revolución de Bluefields una bella señora, esposa segunda del Doctor Isaac Guerra. En Limón nos juntamos entre treinta y cuarenta personas, incluso tres americanos que deseaban ir a pelear a nuestro lado. Uno, un viejo llamado Norman, y otros dos, estudiantes en vacaciones que su ambición era ganar un alto grado militar para lucirlo después en su universidad.

Nos embarcamos como prófugos en un lugar oculto de la costa. Cuando ya estábamos listos, dijo la valiente conspiradora: "Venga uno para darle un beso que le envió a la revolución". Yo fuí destacado y francamente voluntario a recibir el saludo de la bella conspiradora.

Sopló una tempestad horrible sobre el mar Caribe. El capitán del barco un marino valientísimo, me dijo, que él no sabía donde estábamos y que hasta las doce del día tomaría la altura para orientarse. A las doce del día me dijo que estábamos frente a las costas de Colombia y que entraríamos a Bocas del Toro para dar lugar a que amainara la tempestad. En Bocas del Toro todos nos fuimos a desembarcar directamente a la iglesia católica a darle gracias a Dios, incluso Reinaldo Chamorro, que como rivense no era muy creyente. Dos días demorados en Bocas del Toro, y con un mar si no calmo del todo, bastante domesticable salimos para Bluefields.

Nos esperaban en el Bluff, Adolfo Díaz y don Pedro Joaquín Chamorro, que nos contaron que habían estado preocupadísimos de nuestra suerte hasta que recibieron mi

aviso de Bocas del Toro. Nos llevaron a Bluefields. Me sentía con aliento para luchar tesoneramente. Levantó mi coraje el optimismo de don Pedro, y muy resueltamente la mañana siguiente hubiera jurado que dentro de un mes, al soplo de los vientos revolucionarios habríamos conquistado Managua.

NOTA: He recibido una fina carta del doctor Agustín Tijerino Rojas en que me señala dos errores en que indudablemente caí en mi último Cabo Suelto publicado. Uno se refiere al General Barahona que no se llamaba Paz sino Sotero Barahona Y otro referente a Carlota, la distinguida señora hoy viuda de Valladares a la cual llamé hija del alemán Streber, sabiendo muy bien que ella es Bernard Flaqueza de mi ancianidad que ya vacilo en cuanto a los nombres propios Rindo las gracias al doctor Tijerino, y le suplicó vigilarme, porque el propósito de la publicación de mis Cabos Sultos, es sentar la verdad, y ofrecer al público nicaragüense los frutos de mi experiencia

VIAJE AL RAMA

No estábamos contentos los que habíamos venido a la revolución con aliento belicoso. Encontrábamos frío el ambiente de Bluefields que se mostró indiferente a nuestro esfuerzo patriótico. Yo tenía el concepto de que era ciudad la capital de nuestra Costa Atlántica. Hasta más tarde penetré el espíritu de Bluefields y llegué a comprender la razón de sus inconformidades.

Una legión de jóvenes granadinos había venido veinte años atrás a la Costa Atlántica con la energía de sus antepasados los conquistadores españoles, para apoderarse de las márgenes féculas de los ríos y cultivarlas para la siembra y explotación prometedora del banano. Fueron como doce; Segundo Chamorro, Sebastián y Fernando Uriza, Luis Mena, Pablo Antonio Cuadra Pasos, todos jóvenes menores de treinta años.

Pablo se fincó en la extremidad del río Rama y sembró varias hectáreas en una hermosa finca, que en su entusiasmo denominó El Delirio. Ahí permaneció más de tres años, y cuando su obra estaba concluida dejó de administrador al joven aún menor que el mismo Pablo, Anselmo Rivas, hijo del viejo don Anselmo, y más tarde mi cuñado por su casamiento con mi hermana Ana Norberta.

Seguí y exageré con mi fantasía de niño todo lo concerniente a El Delirio. Después de Anselmo fué su administrador don Silvestre Selva, caballero de más años y muy original en sus portes y en sus procedimientos.

En ciudad Rama se reunían, discutían, trazaban planes y ejecutaban prodigios en el cultivo de la tierra, los enérgicos conquistadores, en cada uno de los cuales mi entusiasmo veía nada menos que a Hernández de Córdoba, de Soto, Ponce de León, redivivos.

Salimos de Bluefields a la puesta del sol. Una lancha de motor de gasolina llevaba a remolque un gran lanchón plano en que íbamos los expedicionarios en número de unos veinte. Varios alcanzaron altos grados militares, Alejandro Cárdenas, Vicente Alvarez Saballos, Ildebrando Rocha, yo entre ellos, con pobre aliento de soldado, pero inflamado de un patriotismo entusiasta y en aquella noche sublime exaltado por la poesía muy sentida aunque no expresada en un canto, que zumbaba en mis oídos y se me quedaba en el alma.

Navegábamos sobre el río Escondido, majestuosa y ancha corriente de agua sobre la cual en aquella noche inolvidable el cielo estaba cubierto en un cuadrante completo por el famoso cometa Halley, que en su tránsito de siglos en ese año de 1910, amenazaba a nuestro planeta con un posible cataclismo por el choque de que hablaban los astrónomos científicos, y lo exageraban los periódicos, sobre todo los de los Estados Unidos.

Meditaba el por qué de ese nombre de Escondido, puesto a una corriente de agua dulce enorme, casi tan ancha en partes como el lago de Managua, en la cual recostaba la embarcación a una de las orillas, casi entre sombras, a pesar de la luz del cometa, se divisaba la otra orilla. Del río Escondido, no se puede decir que es padre de las aguas, como el Misisipí; por el contrario es hijo de las aguas que brotan caudalosas en tres ríos potentes, permanentemente enriquecidos por afluentes, de la fértil montaña del rico departamento de Chontales.

El río Siquia viene de las alturas de la región minera de La Libertad, torrentoso y dando saltos potentes. Se junta con el Mico que nace en la región fertilísima de Santo Tomás, y por último reciben los dos ya juntos el torrente del río Rama que arranca de las márgenes del Lago de Nicaragua. Todos tres generosamente combinan la maravilla de sus corrientes para formar el ancho, profundo, majestuoso río Escondido.

CABOS SUELTOS DE MI MEMORIA (AUTOBIOGRAFIA)

Talvez le venga el nombre de su lucha con el mar al desembocar después de una triunfante carrera de muchos kilómetros en una bahía sobre la cual avanza también en sentido contrario la potente marea del Atlántico y echa a perder las aguas claras y dulces tornándolas en un ancho charco sucio y salado, de poca profundidad, salvo en el costado de la lengua de tierra del Bluff, en donde abren un canal las aguas del río para alcanzar al océano como audaz contrabandista.

Por ese canal entran para ir a la ciudad Rama los vapores de regular calado; por ahí en la prosperidad de las fincas circuló todo el banano producido para convertirse en riqueza y prosperidad de la región. Eso sí tenían que dar buenos saltos castigados por la barra siempre colérica, como ofendida por el triunfo del río que perdió el sabor de sus aguas para esconderse

Pero nuestra expedición avanzaba ya en las altas horas de la noche hacia ciudad Rama. A todos, a juzgar por el silencio que reinaba en el lanchón, nos dominaba seriamente el espectáculo del cometa. A mí mentalmente me producía una sensación que puedo calificar de mística. Me imaginaba que el sublime viajero del cielo me decía: Hombres cobardes, que se afligen con una amenaza de destrucción de mi parte que no está en mis intenciones de viajero por siglos, sujeto a la dirección del mismo Dios que labra el destino de cada uno de ustedes. Mi paso es un tránsito en las grandes profundidades del universo que sólo Dios conoce, y no sé yo mismo al decirlos adiós por cuantos centenares de años me perderé de vista de la tierra, pequeño planeta, insignificante punto en el universo, pero sin embargo, entregado por el Dios que me arrienda al dominio y cultivo de los hijos de los hombres.

Abismado en esas meditaciones no sentí el curso de las horas, y ya después de la media noche, no sé a qué punto de la madrugada, llegamos a ciudad Rama. Nos estaban esperando. Desembarcamos siempre en silencio, y nos dejamos conducir a la casa de don Sebastián Uriza, de madera como todas las del Rama, de dos pisos, y en donde fuimos hospedados con relativa comodidad.

Sentí, volviendo a la realidad de las cosas, que estaba incorporado a la recia disciplina militar. Al mando de un capitán, valiente, fundador de esa región, entre los conquistadores que la recibieron virgen hacía treinta años. Hombre de orden que entendía la disciplina por un arte severo que sólo pide obediencia y paso firme en el cumplimiento de los deberes militares. Y sin embargo cada vez me sentía con menos vocación de soldado, pero por las lecciones del cometa Halley muy sometido a mí propio destino.